

CENTURIÓN

José Florentino Pino Canales

Barcelona

1997

"Cuando hubo acabado de dirigir todas estas palabras al pueblo, entró en Cafarnaum. Se encontraba mal y a punto de morir el joven criado de un centurión, muy querido de éste. Habiendo oído hablar de Jesús, envió donde él unos ancianos de los judíos, para rogarle que viniera y salvara a su criado.

Estos, llegando donde Jesús, le suplicaban insistentemente diciendo: "Merece que se lo concedas, porque ama a nuestro pueblo, y él mismo nos ha edificado la sinagoga." Iba Jesús con ellos y, estando ya no lejos de la casa, envió el centurión unos amigos a decirle: "Señor, no te molestes, porque no soy digno de que entres bajo mi techo, por eso ni siquiera me consideré digno de salir a tu encuentro. Mándalo de palabra y quede sano mi criado. Porque también yo, que soy un subalterno, tengo soldados a mis órdenes, y digo a éste: "Vete", y va; y a otro: "Ven" y viene; y a mi criado: "Haz esto", y lo hace."

Al oír esto Jesús, quedó admirado de él, y volviéndose dijo a la muchedumbre que lo seguía: "Os digo que ni en Israel he encontrado una fe tan grande." Cuando los enviados volvieron a casa, hallaron al criado sano."

Lucas 7, 1 -10

1. - MARIO

—Sube un poco más los brazos - dijo Mario, mientras repasaba con fuerza el torso del Centurión Lucio Fabio, quien apretaba los dientes para soportar el placentero dolor del masaje.

—Más fuerte - repetía el Centurión - más fuerte, muchacho, sin miedo.

Mario sudaba y presionaba. Lucio Fabio había formado su musculatura en la guerra y la había perfeccionado en la palestra. Estaba recio de belleza y de tensión. Tenía un cuerpo firme que el masaje parecía domar sin llegar nunca a domesticar. Ese ámbito fronterizo excitaba a Mario. Era como si los dedos, con sensibilidad de paladar, se le revistiesen de miel. Por eso, cuando el Centurión cruzaba el dintel del tepidarium de la Terma Mayor, encontraba siempre la sonrisa del joven masajista que le esperaba, sábana en mano, agua caliente, ungüentos aromáticos, jabones perfumados y la mesa de mármol reluciente, a punto para el baño. A Lucio Fabio le fascinaba la eficacia de las manos expertas y ágiles de aquel muchacho.

Se acercaba el final del invierno y las Termas estaban a rebosar. Senadores, mercaderes, nobles, extranjeros, curiosos de todo el Imperio,

atletas, militares, efebos, prostitutas y masajistas deambulaban como sombras entre los pegajosos vapores del caldarium. Desnudos, con los pies chapoteando en las piscinas de agua tibia, discutían de política, de armas, de comercio, de cultos, de mujeres, de filosofía y de lo caros que se habían puesto los esclavos y el aceite. Se dejaban llevar por ese torrente de habladurías que amalgama la vida viscosa y turbulenta de la urbe. Las importantes cuestiones que movían los cerebros y las barrigas de Roma pasaban antes por los baños públicos que por el Senado. No había mejor lugar para lanzar un bulo, para hacer una averiguación, para planear un crimen, para urdir alguna conspiración, que los rincones húmedos y penumbrosos de aquellas Termas.

Mario, hijo de una esclava de segundo orden, era aún niño cuando empezó a hacer de transportista de agua. Después, bordeando la adolescencia, pasó al horno donde se preparaban las piedras volcánicas que, una vez aromatizadas con hierbas traídas del sur de la península, servían para calentar el agua de las bañeras individuales y para perfumar los vapores de las piscinas mayores. Más tarde lo enviaron al vestuario. Afinó sus modales aprendiendo a desnudar y a vestir a los grandes de Roma. Al principio los veía enormes. Le impresionaba tener ante sí a las personalidades del Imperio. Les miraba mucho a los ojos, como si en ellos buscara, impresa, la imagen divina del César que, imaginaba, venían de ver. Después descubrió su insignificancia: un senador con toga, majestuosamente sentado entre albos cojines en la escalinata senatorial era, en un rincón del vestuario, aquel viejo barrigón, calvo y tartamudo que parecía coleccionar infecciones cutáneas y que olía a mil demonios por no poder asear debidamente la enormidad de sus hemorroides. Poco a poco Mario fue aprendiendo a medir la justa proporción de los hombres. Aquel

viejo lleno de defectos físicos era también senador de la Roma eterna. Lo que quedaba entre la elegancia de la toga y la peste de la piel podía ser una gran sencillez y amabilidad en el trato. El senador, afable y bondadoso, agradecería, con buenas propinas y, sobre todo, con buenas maneras, las molestias y los disimulos de asco.

A Mario le fue dejando de impresionar tanto la apariencia purpúrea de la túnica, como la fofa insolencia de aquellas horribles panzas hinchadas. Aprendió a despreciar al imbécil cuya mirada se pavoneaba por encima del resto de los mortales. Tampoco sentía aprecio por el amilanado, obseso de sus nafras, que no acababa de quitarse la túnica cuando ya estaba envuelto en una sábana que le escondía el cuerpo. Fue sabiendo que la distancia da perspectiva y que la perspectiva preserva las extrañas dimensiones de la verdad. Se hacía mayor en la medida que se iba liberando de grandezas y miserias.

Mario aprendió a decir cortesías en muchas lenguas. Trataba de manera distinta a los centuriones que venían de la rica Hispania que a los provenientes de la borrosa frontera oriental. En especial era cuidadoso con los mercaderes griegos. Le gustaba la musicalidad de su lengua. Los funcionarios venidos de la antigua Persia daban generosas propinas: era una forma de exhibir su nobleza. Se inclinaba mucho ante los magnánimos visitantes procedentes del norte de Africa, en cambio, apenas asentía con la cabeza si recibía dinero de algún bárbaro rubio oriundo de Britania. A los actores del teatro les acosaba a preguntas. Guardaba el debido respeto a los militares. Conocía bien sus jerarquías. No se acercaba a los judíos. Sabía que sólo iban a bañarse y que rehuían todo contacto con efebos y masajistas. Le irritaba verlos pasar de largo ante las estatuas de Apolo, de Marte o de Venus sin ni siquiera levantar los ojos para

admirar aquellos mármoles que a romanos y bárbaros tanto les quitaban el sueño como les hacían soñar.

—Ellos se lo pierden - pensaba con desdén, y levantaba los hombros.

También aprendió a resistir el asedio de los que pretendían arrastrarlo a cualquier rincón sombrío para restregarle el sexo. No se dejaba sobornar ni aceptaba regalos que después tuviera que pagar con favores eróticos. Recién entrado, aún niño, fue brutalmente violado por dos veteranos masajistas. Estuvo una semana sin poder sentarse. Después lo dejaron en paz. Todos pasaban por ese trance y no le dió más importancia.

Mario era tímido de natural. Su actitud esquiva disuadía a los clientes libidinosos que acababan yéndose con otro efebo más provocativo o con un prostituto de ágil verbo.

No significa esto que Mario fuese casto. Más de una vez, en tiempos de penuria económica, aceptó las proposiciones de algún noble o de algún militar libio de oscura piel. Tampoco se negaba a las caricias de ancianos suplicantes de ternura si consideraba que con eso aliviaba soledades que intuía inmensas. Pero Mario nunca se vendió. Eso le costó una pelea a puñetazo limpio con Lito, el violento calcedonio, quien le acusó de robarle la clientela por dejarse manosear sin cobrar. Una pequeña cicatriz en la mejilla fue la huella perenne de aquella infame trifulca.

Cuando Mario superó la adolescencia pasó a formar parte del equipo de masajistas. El equipo estaba dirigido por experto personal griego entrenado en las termas de la sofisticada Corinto. Ellos

configuraron la musculatura de Mario y le enseñaron el arte del masaje aplicado según un antiguo rito pitagórico.

Mario llegó a ser uno de los masajistas más cotizados de la Terma Mayor. La familia, a la que su madre había servido, nunca le exigió especial sumisión ni le cobró impuesto alguno. Tras abandonarle en las Termas, le olvidaron. Se acostumbró a ser independiente. Escogía sus clientes. Nunca fue mezquino con ellos pero era terrible, y hasta cruel, cuando notaba que abusaban de su benevolencia.

Se sentía especialmente a gusto trabajando el cuerpo del Centurión Lucio Fabio.

2. - CENTURION LUCIO FABIO

Lucio Fabio pertenecía a una antigua familia de militares. No le costó nada llegar a Centurión pues, por influencias familiares, pudo ascender fácilmente a los puestos que deseaba. Gracias a esa circunstancia tuvo el privilegio de conocer las anchuras del Imperio, desde Hispania hasta las costas de Asia Menor, y desde la boscosa Germania hasta el norte de Africa. Pero Lucio Fabio no fue el mero resultado de un conglomerado de influencias. Poseía una acusada personalidad, tenía dotes de mando y un físico que inspiraba respeto. Sabía que aunque no hubiese sido hijo de Centurión, hubiera llegado alto por méritos propios, por eso nunca se avergonzó de pertenecer a su ilustre familia. Su padre, el Centurión Lucio Fabio Felix, había sido un hombre cultivado. De sus destinos militares traía siempre papiros, rollos, vasos, ídolos, figuras que guardaba con gran celo en su Vila romana y que enseñaba a sus amigos explicándoles su procedencia. El entonces pequeño Lucio fue aprendiendo a admirar, no sólo la grandeza de Roma, sino la belleza y la rica variedad de sus provincias. Despreciaba a aquellos compañeros suyos que se burlaban de lo que desconocían y que destruían lo que no podían comprender. Tuvo más de un enfrentamiento por estos motivos. Alguna vez, contra él, se filtró una acusación de menosprecio por el Imperio. Lucio llevaba con orgullo el título de ciudadano de Roma. Amigos de la familia hicieron

desaparecer el panfleto acusador. Lucio aprendió el incómodo arte de la discreción.

En su momento se enamoró y contrajo nupcias con la hija del jefe de la guardia del Emperador, la noble Patricia. El matrimonio se instaló en una Vila a las afueras de Roma. Poseían dos esclavos y tres esclavas, además del viejo Silvio. Silvio había sido preceptor y criado de su padre. Era un siervo culto al que el anciano militar, aparte de la educación de sus hijos, le encargó estar al día en todo lo que referente a lecturas públicas y a las novedades filosóficas y retóricas que podían conseguirse. Copiaba muchos textos. Ordenaba la biblioteca y las colecciones. Conocía la obra de Virgilio, de Horacio, de Propercio y, sobre todo, la de Tíbulo. Le gustaban tanto los poetas de la escuela de Mecenas como los de la escuela de Mesala, aunque el ideal moderado de éste último le parecía más adecuado a su forma de vida. Algo sabía de griego, y eso le ayudó a aumentar considerablemente la colección de comedias y tragedias de la casa de los Fabios. En la biblioteca de Alejandría había hecho copias de antiguos himnos homéricos y de largos fragmentos de la Iliada y de la Odisea. Apreciaba de manera especial la Teogonía de Hesíodo. Tocaba el arpa y la doble flauta de Pan. Poseía unas excelentes dotes de pedagogo. El trivium y el cuatrivium no tenían secretos para él.

El salario y el patrimonio del militar permitía una vida cómoda en la que no faltaban aquellas pequeñas satisfacciones que adornan una vida feliz. Patricia y Lucio eran austeros y religiosos. Tenían, en un nicho del patio, un altarcillo con sus lares familiares. Solían honrarlos con incienso de Siria y flores del jardín de la Vila. Asistían a las solemnes liturgias imperiales y gozaban de una reputación difícil de mantener en la Roma de entonces.

Pero no hay felicidad completa, y eso lo aprendió también la nueva pareja. La infelicidad les llegó por los hijos. Patricia se quedó embarazada tres veces y las tres veces abortó. Lucio se hizo traer brebajes milagrosos desde todos los rincones del Imperio. Contrató hechiceras en las islas más recónditas del Mediterráneo. Consultó los oráculos conocidos. Hizo complicadas ofrendas y pagó costosos sacrificios en multitud de templos. No podía entender que los dioses le negasen la descendencia.

Amaba a Patricia y no la iba a repudiar. Al principio, ella se sentía amada y también vivía enamorada de Lucio pero, poco a poco, la fue habitando el oscuro fantasma de la culpa. El espectro fue creciendo y apoderándose de su corazón hasta que acabó por enloquecerla. La convivencia se deterioró entre promesas, intentos, peleas y reconciliaciones. El pánico a que Patricia quedase de nuevo embarazada, y que el embarazo terminase en aborto, hacía que, por parte de los dos, la renuncia al sexo se fuese imponiendo. Eran incapaces de sentir placer sabiendo que podían estar engendrando dolor. Una noche, después de una riña sin sentido, Patricia expulsó a Lucio de la habitación nupcial. Dejaron de hacer vida marital. Ella se hundió en una tristeza sin fondo.

Desde entonces Lucio procuraba estar poco tiempo en casa. Se hizo solitario y huraño. Empezó a frecuentar las Termas con más asiduidad. El violento ejercicio en la Palestra completaba al ejercicio que la vida castrense conllevaba. Luego, el calor le purificaba el cuerpo de los negros humores que le oscurecían la sangre. Los tajantes contrastes entre el frigidarium y el caldarium y, finalmente, un vigoroso masaje, preparaban a Lucio para el cotidiano enfrentamiento con el amargo corazón de Patricia. Vivía una guerra de desgaste con batallita diaria. Lucio no buscó otras mujeres. No tenía tiempo ni ganas. A veces, cuando los impulsos de

eros le alborotaban el cuerpo, se aplacaba con masturbaciones que le dejaban más regusto a derrota que a placer. No sentía culpa, sentía rabia.

Una tarde de verano, en las Termas, Lucio descubrió la presencia de un nuevo masajista. Era moreno claro. Poseía unos hermosos ojos glaucos. Tenía un cuerpo gallardo, pero carente de aquella artificialidad tan lucida por los prostíbulos que se pasaban el día puliendo sus proporciones hasta emular las del célebre Apolo de Olimpia. Desde la piscina del caldarium Lucio le contempló trabajar con esmero los pies de un anciano sacerdote que recordaba haber visto en el templo de Minerva. Cuando el sacerdote se hubo retirado, Lucio entró en la sala de masaje y preguntó al muchacho por el precio de un servicio.

—Veinte sestercios - respondió el joven con aplomo.

El Centurión aceptó. Le preguntó su nombre.

—Mario - pronunció el masajista por lo bajo, como si no quisiera ser oído. Mientras, preparaba el mármol donde el militar había de acostarse.

—Centurión Lucio Fabio - dijo él en tono autoritario.

Con cierto desdén, el muchacho le saludó inclinando levemente la cabeza mientras señalaba la mesa lista para empezar. Se limitó a ser correcto.

Lucio se tendió boca arriba. Mario se situó detrás de él, se encomendó a los dioses, se untó las manos con aceite y, tras recogerle el abundante pelo gris, empezó presionando con delicadeza la anchura de la frente. Apretó con decisión justo entre los ojos cerrados, desde donde fue dibujando, con la sabiduría de los dedos, la estrella de caricias que había de

reconstruirle el rostro. Con los pulgares siguió el tabique nasal hasta las aletas y luego se abrió hacia los párpados. Los índices se detuvieron suavemente sobre los pómulos y la barbilla. Los anulares redondearon las sienes y los extremos de la quijada. Con los dedos centrales repujó los carnosos labios y las mejillas para concluir rodeando lentamente el óvalo de la cara. Después trabajó cuidadosamente la compleja musculatura del cuello. Descendió sin prisa a los pectorales. Hizo, sobre cada uno, diez movimientos circulares con la extensión completa de las manos. De los oscuros pezones hizo partir, centrifugados, los dedos. Le aflojó la tensión contenida en el pecho, llevándola hacia el oscuro nido de las axilas. Después se concentró en los abdominales. Recorrió varias veces la distancia que media entre el pubis y el esternón. El cuerpo respondía con la resistencia exacta a la presión de las manos. Repasó con energía el torso haciendo especial presión en los intercostales y entre la cuadrícula del bajo vientre. Seguidamente se aplicó, con mesura, a trabajar la magnífica espalda del militar. Empezó de derecha a izquierda partiendo de la columna vertebral hacia los dorsales; luego de izquierda a derecha terminando de nuevo en la columna. Así ocho veces. Hizo siete presiones sobre cada vértebra desde la nuca al coxis, y desde coxis hacia la nuca. Dedicó mucho tiempo a los hombros, removiendo, amasando, acariciando. Se esmeró en los brazos, anillándolos primero con fuerza, como una pitón, para después recorrerlos, en ambos sentidos, salpicándolos con una infinidad de golpecitos digitales. Notaba la percusión de la sangre en las azules venas, bajo la piel curtida. Terminó con calma, refugiando sus manos en los tranquilos cuencos de las manos ociosas del Centurión. Aplicó parecida pauta al masaje de las piernas. Restregó enérgicamente los amplios muslos con los puños cerrados,

imitando la pata de un tigre. Por delante, por los lados, por detrás. Precisó entonces el máximo de fuerza. Aminoró el ritmo al rebasar la doble musculatura de la pantorrilla. Puso especial cuidado en el descenso por la progresiva estrechez que conduce a los tobillos. El talón de Aquiles era un punto mítico que requería su propio ritual. Golpeó, vigorosa y velozmente, con el canto de las manos, desde la ingle hasta el empeine, y desde las nalgas hasta los tobillos. Recorrió las piernas hacia arriba y luego hacia abajo, catorce veces: dos veces siete... Llevaba la cuenta de cada uno y de todos los movimientos, pues la proporción y el número eran esenciales para garantizar la eficacia del ejercicio. Ni una caricia de más, ni una presión de menos. Así llegó hasta concentrarse en los pies, donde anudó, en una ágil liturgia mínima, el cuerpo entero del militar. Los griegos habían descubierto que culminar así proporcionaba una agradable y duradera sensación de relajamiento.

Hizo primero una sesión con aceite virgen importado de Hispania, posteriormente lo repasó con jabón de jazmín comprado, en secreto, a los miembros de una extraña secta oriental y, al final, le dejó reluciente el cuerpo con óleo perfumado procedente de los campos de Itea.

Mientras aplicaba el masaje, Mario parecía danzar en torno al Centurión. Sugería los gestos del sacerdote de Mitra preparando el sacrificio del toro víctima. El pedagogo les había enseñado que un buen masaje, del mismo modo que otorgaba armonía a quien lo recibía, debía proporcionarla a quien lo daba. El masajista, pues, debía aprender a acumular muchas armonías, para devolver a cada uno la suya, enriquecida y en el momento adecuado. Su secta se reunía a sacrificar en el templo de la diosa Minerva. Los masajistas de las Termas Mayores pertenecían a ella. El sacerdote que Lucio había visto era su maestro.

Por último, Mario acompañó al Centurión hasta el vestuario. Lo envolvió con una sábana limpia. Le dejó descansar en una litera preparada para el caso. Le aplicó los últimos perfumes, lo peinó y lo puso en manos de Emilio, el vestidor. Cobró lo estipulado más la propina. Pagó al administrador el porcentaje pactado. Agradeció a los dioses besando las monedas, y regresó al caldarium para atender un nuevo cliente.

Desde aquel día Lucio pidió siempre los servicios de Mario. Entre los dos fue tejiéndose una silenciosa relación que se limitaba al contacto epidérmico semanal. Incluso el pago se efectuaba en silencio. La propina era cada vez mayor. No faltaban las sonrisas pero sobraban las palabras. Si Mario estaba ocupado, Lucio esperaba pacientemente. Si Mario no podía atenderle, Lucio se retiraba hasta otra semana.

Patricia se benefició, sin saberlo, de esa singular amistad. Encontró que su marido comprendía mejor la amargura que le envenenaba el alma. Lucio dejó de importunarla con tanta insistencia por darle consuelo.

El Centurión también se había dado cuenta de que el tono de su vida había mejorado desde que recibía los masajes de Mario. Se encontraba sereno y disfrutaba más de las cosas. Incluso sus soldados habían notado el cambio. Sus órdenes eran de nuevo precisas y ya no despóticamente confusas. Se desvanecía el Lucio caprichosamente autoritario que empezaba a hacérseles odioso.

El afecto que Lucio sentía por Mario fue creciendo. Mario lo agradecía y respondía afinando al máximo la calidad de su trabajo. Lucio le entregaba el cuerpo, pero se reservaba el alma. Mario también.

3. - EL DESLIZ

Una tarde Lucio, especialmente nervioso, se presentó en las Termas. Era hacia el final del otoño y se cerraba más temprano. Había salido del cuartel a última hora, pues aquel día se desataron rumores sobre cambios inminentes en la cúpula militar que afectaban a toda la pirámide castrense. Eso provocaba un reguero de conspiraciones y politiqueos. Todo el mundo buscaba, no sólo asegurarse un buen puesto, sino escalar a puestos superiores. Se tramaban y se temían venganzas y traiciones, sin excluir el crimen. La situación de Lucio no era segura. Era conocida su práctica separación de la noble Patricia. Eso le hacía vulnerable, porque ante la inminencia de cambios, no podía argumentar la estabilidad de un matrimonio con hijos. Es verdad que su familia paterna poseía influencias, pero había otras familias que pugnaban por adquirir nuevas glorias. Su madre, viuda y anciana, no podía hacer frente a semejantes confabulaciones. A Lucio le fastidiaban esas lides palaciegas. Prefería aquellos combates en los que se podía identificar físicamente el rostro enemigo y costaba resistir su fuerza en el escudo propio. Antes, asegurado bajo el prestigio paterno, podía dormir tranquilo, pero ese tiempo había pasado. La soledad era ahora su única posesión. Por eso iba a refugiarse en el cálido ambiente termal.

Lucio sonrió al muchacho que le esperaba, también sonriente, toalla y jabón en mano. Mario percibió una extraña sombra en la mirada del

Centurión. No se trataba, como otras veces, del cansancio de unos ojos ajados por las preocupaciones normales que inquietan la vida de un funcionario con responsabilidades de mando. Ni siquiera se parecía al ensombrecimiento que proviene de una vida matrimonial acostumbrada a ir sorteando su propio naufragio.

Estaban solos en la sala de masaje. La tarde había caído. Mario encendió dos lámparas de aceite. Lucio se acostó boca arriba sobre el mármol limpio, cerró los ojos y se abandonó a la pericia del masajista. Mario le pasó los dedos por la frente pero no siguió el ritual de siempre. Con las manos muy abiertas y las palmas intensamente receptivas, recorrió de un solo trazo la estatura toda del Centurión. No tuvo la sensación de tocar un cuerpo de sobra conocido, sino que, por vez primera le parecía estar palpando el alma que latía bajo la mansa piel de ese hombre apresuradamente sosegado. Lucio sintió que aquellas manos penetraban en una hondura hasta entonces intacta. Una híbrida sensación, entre gusto y dolor, hizo brotar de su pecho un chorro imparable de deseo. Entonces, instintivamente, estrechó a Mario y lo besó en los labios, primero con violencia, luego con suavidad, finalmente con ternura. Mario se dejó llevar. Respondió besando primero con temor, luego con confianza, finalmente con la misma ternura que recibía. Ambos se abrazaron prescindiendo de la hora y del lugar. Esa tarde rompieron los protocolos. Se anudaron en una danza inolvidable cuya sombra decoró los enormes vientres absidales de aquella penumbra. No sentían el frío que se colaba por las minúsculas ventanas, ni la callada calma que, tras el progresivo abandono de los clientes, se fue apoderando del lugar.

Los separó el grito del administrador anunciando la hora de cerrar. Mario acicaló al Centurión y le acompañó hasta el vestuario. Le vistió. No aceptó paga ni propina.

Mario temió que Lucio no volviera. Lucio tuvo la tentación de no volver. Pero volvió. Volvió muchas veces. Venía siempre a última hora, cuando las Termas estaban casi vacías. Podían quedarse más tiempo a solas. Tras el masaje dado y recibido en riguroso silencio, tejían y retejían el juego del amor. Hablaban de mil cosas y reían hasta que el administrador, cómplice feliz, les echaba a la calle.

El Centurión solía acompañar a Mario a su casa para, finalmente regresar, solitario y melancólico, a la Vila familiar.

4. - EL DESTINO

Una mañana Lucio se presentó en las Termas. Nunca lo había hecho antes del medio día. Cuando Mario lo entrevió en el vestuario, despachó con mentiras al cliente que estaba a punto de atender. Preparó la mesa y los aceites. Esperó impaciente a que Lucio cruzara el caldarium para recibirlo con la mejor de sus sonrisas. También Lucio traía el deseo a flor de piel.

Por fin entró, desnudo, formidable, pasó el brazo por encima de los hombros de Mario y le condujo hasta la mesa de masaje. Al muchacho le sorprendió ese inesperado gesto de camaradería. Lucio, como solía, se tendió boca arriba. Cuando Mario empezaba a acariciarle el bronce de la frente, Lucio, rompiendo otra vez la costumbre, le dijo:

—Me envían a una provincia oriental llamada Galilea.

Las palabras fueron puñales. El alma de Mario se transformó en un manantial de preguntas: ¿Era un adiós sin más? ¿Había venido el Centurión para despedirse? Sus dedos tuvieron la tentación de apretar sin piedad el cuello del cruel militar quien, con una frase tan aséptica, anunciaba su partida. Por otro lado, tampoco tenía que haber esperado otra cosa. Los clientes acostumbraban aparecer y desaparecer sin obligación de dar explicaciones. Un masajista no tenía derechos. Lo sabía.

Debía saberlo desde el principio. Le irritó que se le humedecieran los ojos y, desviando la mirada, preguntó simulando indiferencia:

—¿Cuándo te vas?

—En dos o tres meses - respondió Lucio con tranquilidad.

—Ya había oído que las cosas andan revueltas por allá - dijo Mario fríamente.

No era raro que un masajista de las Termas tuviera tanta o más información que un alto funcionario del palacio imperial. Podía enterarse de cosas que al servicio secreto de la guardia le costaría muchos sestercios averiguar.

—Con los judíos siempre hay revueltas. Son bastante problemáticos, esa gente - sentenció Lucio con fastidio.

—Así que... ¿ya no nos veremos? - inquirió Mario, a quien, en ese momento, importaban un bledo los judíos, los persas, los macedonios, y el Imperio entero. El único hombre que le importaba acababa de anunciarle que se iba a oriente. Todo Mario era contención.

—Voy a necesitar un criado - dijo Lucio dejando escapar una sonrisa.

A Mario se le hizo un nudo en la garganta. Se le nubló la vista. Le temblaron las manos y se le cayó el frasco de perfume egipcio. Un breve chasquido dejó el aire esparcido de cristales y aromas. Al agacharse a recoger los afilados restos, sus ojos se encontraron con los de Lucio. Un contento estalló, como el perfume, entre aquellas miradas. Un contento impregnado con carísimas fragancias importadas de Egipto. Esa tarde Lucio recibió el masaje más intenso que Mario había dado hasta entonces.

Al despedirse, Lucio le dijo:

—Tendrás que venir a mi Vila. Conocerás a Patricia y aprenderás las costumbres de los Fabios. Búscame la próxima semana en el cuartel de la Via Latina.

Le entregó una bolsita de piel con suficiente dinero para pagarle al administrador sus porcentajes. Le dió también la dirección de un funcionario amigo que le gestionaría todos los trámites para dejar de trabajar en las Termas, saldar los derechos debidos a su antigua familia y pasar a ser criado de la familia de los Fabios. También había que indemnizar al equipo de masajistas griegos y enviar un cuantioso donativo al templo de Minerva. Todos los gastos quedarían generosamente cubiertos por Lucio Fabio, Centurión.

Mario gustó por vez primera eso que llamaban libertad. ¡Cruzar con su amado el Mediterráneo...! Esa tarde recorrió las Termas con extrema lentitud. Quería conservarlas en el fondo de sus pupilas y en cada uno de los poros de su piel. Quería poder recuperar, siempre que quisiera, el chirrido de sus puertas; la sugestión de sus sombras; la temperatura exacta de sus estancias; el eco de todos sus sonidos; el tremolar del agua que goteaba, condensada, desde el techo; los chasquidos del masaje que dejaban adivinar la textura y la edad de tanta y tan noble piel; el laberinto de olores, perfumes, jabones, sudor; los colores desvahídos de las pinturas murales; la obscenidad de los graffitis y, sobre todo, la belleza de las esculturas.

Nombres y rostros se le fueron desvaneciendo, como si envejecieran en su interior, pero nunca perdió el poder de evocar texturas, penumbras, aromas, murmullos... Los podía hacer surgir siempre frescos,

vibrátiles, como desde una permanente primera vez. Quizá, pensaba, los sentidos tienen la fuerza necesaria para mantener palpitante la presencia de las cosas. Quizá lo que entendemos por memoria sea solamente el inicio del túnel que llamamos olvido. El tiempo no sería sino la desmemoria de los dioses. Volvió Mario a la mesa de mármol de Carrara en la que había dado el primer masaje a Lucio. Acarició largamente las vetas doradas de la piedra. Allí se había iniciado todo. ¡Si pudiera llevarse esa losa!

Se despidió de amigos y compañeros; de camaradas y prostitutas; de Lito, quien le había dejado aquella cicatriz que, desde entonces, se transformó en una especie de clave de identidad; del administrador, quien no pudo contener la emoción; de los nuevos adolescentes que calentaban el agua y ayudaban a vestir a los clientes. Después, echando un último vistazo al conjunto de aquella construcción que representaba su vida, salió con paso decidido. El sol poniente le deslumbró.

5. - EL HOGAR

Días más tarde, después de haber cubierto todos los trámites de emancipación, Mario se presentó en la Vila del Centurión Lucio Fabio. Era la hora sexta. Una de las esclavas le condujo hasta su cubículo. Como criado de confianza dormiría aparte de los esclavos. El cubículo colindaba con el del privilegiado Silvio. Esa tarde Mario contempló, intranquilo, la perezosa fogata del crepúsculo, hasta que las oscuras nubes difuminaron sus ribetes de oro. Se sentía prisionero de la fuerza de su memoria y liberado por el empuje de la aventura nueva que se le abría en el pecho, como un regalo divino. En su alma pesaba la intensidad del momento, soportable sólo por la felicidad que otorgaba.

La esclava le dejó pan, uvas secas, vino, agua y una túnica limpia. Mario se serenó hasta que el aire, silencioso y oscuro, quedó suspendido de las estrellas.

Un galope de caballos rompió el encanto. Mario oyó un revuelo de pasos y órdenes. Reconoció con emoción la voz de Lucio. Poco después la esclava le comunicó que era hora de asistir a la cena. Le entregó un par de sandalias nuevas y unas cintas para ceñirse la túnica y el pelo. El muchacho se puso un brazalete de cobre y un hermoso anillo de plata. Estaba atractivo.

Se presentó en el refectorio. Reclinado sobre la mesa, presidía el Centurión luciendo una túnica blanca. A su derecha la noble Patricia sonreía. Transparentaba aquella vejez prematura que va sedimentando en la piel el imperceptible velo de la soledad. A la izquierda del Centurión estaba Silvio quien, a pesar de su condición, era admitido como un pariente lejano en la mesa de los amos. Lucio le había ofrecido reiteradamente la libertad, pero el anciano quiso quedarse donde, a su manera, era feliz. Dos jóvenes esclavas servían la mesa y dos esclavos transportaban platos y bandejas desde la cocina.

Mario se quedó de pie, frente a la pareja. Procuraba centrar su atención en las columnas del patio central. Temía encontrarse con la mirada de sus anfitriones.

—Pero si no es tan niño! ¿No me habías dicho que era muy joven?
- dijo Patricia repartiendo una amplia sonrisa entre su marido y Mario.

—Un joven que sabe más de lo que parece— matizó el Centurión, besando delicadamente la mano de su mujer.

Silvio contempló al muchacho y recordó los inicios de su propia andadura. Veía aparecer al bello favorito de uno de sus alumnos. Sintió cumplida su misión.

—Mario, reclínate junto a Silvio - dijo Lucio señalando el sitio vacío.

Patricia no le quitaba los ojos de encima. Sabía bien que esos criados jóvenes tomaban el lugar de la esposa durante las largas estancias que el esposo pasaba fuera del hogar. Sabía que se volvían amantes devotos y celosos. Sabía que no podía competir con él y que tenía que aceptarlo así. Intuyó que Mario cuidaría de Lucio mejor que ella misma.

Intuyó también que los amores entre Lucio y Mario no se iniciarían con el viaje a Galilea, sino que venían de antes. Se los representó queriéndose, e instintivamente cerró los ojos resistiendo el asomo de unos celos que no llegaron a cuajar. Sospechó que el bienestar de su marido -y el de ella - tiempo ha que pasaba por las manos dúctiles de aquel muchacho. Le contempló los dedos y pudo imaginarlos activos.

Patricia no rechazó a Mario. Le agradecía su aparición y su entrega. Le agradecía la tranquilidad que, tal vez sin saberlo, le transmitía. Le entregó a Lucio desde el primer momento. Puede decirse que amó a Mario con un amor para el que no había nombre: no lo veía como el hijo que no pudo tener, ni como un amante cómplice, ni siquiera como el amigo confidente de secretos que sólo ellos conocerían. Patricia no supo cómo, pero le amó. También, es verdad, la estremeció una leve sacudida de envidia. Si hubieran podido tener hijos... si no hubiera echado a su esposo del tálamo aquella noche funesta... tal vez Mario no estuviese allí, con tanta belleza disponible. Patricia aceptó estoicamente su destino.

Lucio, a pesar de haberse preparado para el encuentro, se sentía inquieto. Una especie de niebla le entelaba el espíritu. Le desconcertaba la segura tranquilidad de Patricia. La amaba, y también a Mario. Juntos, sin embargo, le parecían incompatibles. Hubiera querido coger las manos de ambos y anudarlas con las suyas. Se le vinieron encima las sensaciones de su noche de bodas. Sintió de nuevo la tersura blanquísima de la piel preparada por las Vestales para el abrazo nupcial. Recordó su intrusión en el rosado interior femenino; su tibia y flexible humedad. Evocó el aroma penetrante de la flor de su sexo; la seda turgente de sus pechos; el rocío del amanecer sobre su cuerpo. Poco a poco le fue llegando el dolor por la muerte, una a una, de sus hijos aún sin nacer. Luego las desaveniencias, los

gritos y los reproches. Aquellos envenenados silencios, más afilados que dagas. Recordó también la primera vez con Mario: el vapor; el tacto; la urgencia de la erección; la brusquedad del juego; la risa...el perfume...el beso; el semen tan dulcemente derramado. Su memoria era una malla de saliva e indecisión.

Mario era el más incómodo. No acababa de adivinar los pensamientos de Patricia, aunque le inspiró confianza la ternura sostenida de su mirada. Tampoco sabía exactamente lo que pasaba por la cabeza de Lucio, pero confiaba en él. Era su único asidero. Se sentía, no obstante, inseguro: ignoraba qué decir y cómo moverse. Temía, sobre todo, el ridículo. Sabía que, si llegaba, no lo encontraría en los ojos de los amos, y menos en los de Silvio, experto en impasibilidades; lo descubriría, más bien, en los ojos burlones de las esclavas. Por eso las iba mirando con cierta frecuencia.

Mario no paraba de darle vueltas a su anillo. Súbitamente sintió que un extraño reptil le escalaba el alma desde donde habita el miedo. La fragilidad de Patricia le suscitó el mismo instinto que tensa la pantera toda hacia la gacela herida. Reconoció, entre el arco de las cejas y la boca semiabierta de la mujer, la inútil lucha de la víctima acosada. La mirada sólida de Lucio se interpuso, violenta, como obligado escudo protector. El reptil, firme, despreciando aquel signo de debilidad adelantó el ataque y mordió. Mera capitulación; no era otra cosa el gesto del militar. El poderoso Centurión le temía, y al hacerlo, abrió el camino para la dentellada decisiva. El reptil lamió, con su doble lengua, las grises pupilas del muchacho y le repujó facciones que aterraron a los esposos. Lucio apretó inútilmente los puños queriendo amenazar, pero el reptil ya se había evadido del cuerpo de Mario e, impávido, estrujaba el corazón del

militar. A Patricia, con el veneno inoculado en la sangre, no le quedaba nada que esperar. Todo duró lo que el vuelo de una flecha. Un instante bastó para entreabrir un mundo de posibilidades infernales que la inminencia del viaje, por suerte, cercenó de inmediato.

Un silencio recondujo el aire y apagó el ir y venir de las miradas. Lucio aprovechó para encargarse a Silvio una acelerada preparación de Mario. Debía hacerle degustar lo mejor de la cultura romana. El Centurión, por tradición familiar, estaba a favor de la reforma latina promovida por Augusto, aunque reconocía, sin reparos, la belleza griega que latía en su origen. Sabía que Roma sin Grecia era barbarie. Silvio debía acompañar a Mario a las lecturas públicas en las que competían famosas escuelas rivales. Tenía que comentarle fragmentos de Virgilio y de Horacio, las elegías de Tibulo y el *Ars Amatoria* de Ovidio. Debía completar su parcial formación pitagórica recibida en el templo de Minerva. Pondría en sus manos algunos diálogos de Platón. Le enseñaría rudimentos de música que después pudiera desarrollar en la provincia. Le mostraría las diferencias entre Praxiteles y Fidias. Le iniciaría en el arte de la pintura mural. Todo eso ocuparía las tardes de Mario.

Por las mañanas iría con Lucio al cuartel para aprender cómo se ensilla un caballo, cómo se limpia un escudo, cómo se afila una espada, cómo se prepara una comida de campaña, y cómo se urden astucias para solazar al amado en medio del trajín del día. Tres meses tendría para aprender mundo.

Esa noche Mario apenas descansó. Escuchó el ladrido de los perros bordando el horizonte. Y los grillos le parecieron mil luceros sonoros

ocultos en la tierra. Se imaginó escuchar, sobre todo, la respiración de Lucio a través de su ventana abierta.

6. - EL VIAJE

El viaje fue largo y hermoso. Salieron de Ostia, pasaron por el estrecho de Mesina. Tocaron Siracusa y descansaron en Malta. De ahí fueron directamente a Creta, enfilaron hacia Rodas y después atracaron en el bello puerto de Pafos en Chipre, para culminar en Sidón de Fenicia donde Lucio entró en contacto con autoridades romanas que le explicaron la situación de su destino final: la pequeña, pero importante, ciudad aduanera llamada Cafarnaum.

Mario se sentía como el Ulises del que tanto le había hablado Silvio. Le fascinaba el mar. Aprendió a ver venir el viento sobre la superficie del agua. Muchas tardes se quedaba tumbado en la proa por si escuchaba el canto de alguna sirena. Y se pasaba horas con la mirada perdida en el azul profundo, buscando la sombra del terrible Neptuno o, al menos, la de algún tritón curioso inspeccionando la negra cuenca del barco. De vez en cuando un delfín le engañaba, y juraba haber visto a un hijo del divino Océano. Se acostaba tarde porque se había propuesto contar todas las estrellas. Madrugaba para comprobar si la aurora tenía los dedos rosados, tal y como había cantado el ciego Homero. Cuando se acercaban a tierra Mario aguardaba el inesperado ataque de algún cíclope y, entre las mujeres de los puertos, intentaba identificar a la Circe que le sedujera y le transformara en cerdo. Mientras tanto, anotó embrujos, dibujó rostros y

memorizó historias. Compró perfumes y tejidos. Consultó sacerdotes custodios de templos cuyos dioses desconocía.

Por las mañanas repasaba las lecciones de arpa y leía, trabajosamente aún, los fragmentos poéticos que Silvio le había copiado. Se zambullía en la vorágine latina de esos textos maravillosos. Ya no le acompañaban los seguros consejos del anciano pedagogo. Si se equivocaba o se perdía, él solo tenía que encontrar la salida. A veces consultaba a Lucio. Descubrió que los errores abrían posibilidades de inéditos viajes interiores. No le importó equivocarse. Le apasionaba seguir caminos que Silvio no se habría atrevido a recorrer. Comprendió también, paradójicamente, que Silvio debía haberse equivocado muchas veces, y que ese era uno de los secretos de su sabiduría.

Se aventuró a escribir música combinando la numerología que había aprendido en el templo de Minerva con el ritmo también pitagórico de la técnica masajística. Se sorprendió de lo bien que sonaba.

Atendía con exquisita delicadeza a Lucio. Le lavaba las túnicas y preservaba, con una combinación de aceites inventada por él, que su armadura se oxidase. Le encantaba sacarle brillo al peto de su señor que reproducía la perfecta musculatura del torso que amaba. Vigilaba la cocina y escogía las mejores carnes y especies para Lucio. De noche ponía especial cuidado en preparar, con pieles de cabra, de cordero, y con frescas sábanas de algodón, la cama en la que habían de dormir.

Muchas veces, mientras Lucio estudiaba y escribía, Mario se acercaba silenciosamente y le acariciaba desde la nuca hasta las sienas. Le musitaba deseos y divertidas obscenidades. Lucio, agradecido, levantaba la cabeza y le besaba la sonrisa. Luego volvían ambos a sus respectivas

ocupaciones. Los marineros y los soldados envidiaban la suerte del Centurión.

Solamente una vez estalló la ira entre los amantes. Estaba Mario en la popa y pretendía descubrir, entre la espuma del mar, algún resto que delatara el mítico nacimiento de Venus. Desnudo, sentía las caricias del sol y de la brisa sobre su espalda bronceada. Quería una reliquia de la diosa del amor con el fin de preparar un encantamiento que eternizara el lazo que le unía a Lucio. Por quererlo eternizar estuvo a punto de perderlo. Una hechicera de Siracusa le había dado la receta, pero era necesario encontrar algo de la espuma marina donde quedaran restos del semen y de la sangre de Urano. Tan absorto estaba Mario en la estela blancuzca que la quilla del barco dejaba en el mar, que no sintió la llegada de Tulio, el jefe de remeros.

Tulio les había estado espiando. Tenía ganas de Mario. Se puso a su lado y, notando que no despegaba los ojos de la superficie del mar, le preguntó si podía ayudarlo. El muchacho contestó sin quitar la vista de la espuma:

—Busco restos de sangre y semen del gran Urano.

Tulio, avezado en viajes, supo inmediatamente de qué se trataba. Conocía todos los hechizos que necesitaban ingredientes marinos para su elaboración. Magas y sacerdotes de todos los puertos le habían encargado las cosas más extrañas e imposibles. Siempre se las había arreglado para apañar algún invento que el incauto cliente pagaría carísimo. Por eso no tuvo empacho en ofrecer su ayuda al ingenuo pasajero. Mario se ilusionó enseguida. Tulio le dijo que esperase un momento. Iría a buscar el instrumento apropiado para atrapar los codiciados elementos. Fue a por

una pequeña red de pescador en la que escondió un poco de sangre de pescado revuelta con las viscosidades ventrales del mismo pez. Como el muchacho estaba tan obsesionado con el mar, ni siquiera se daría cuenta del engaño. Y así fue.

Tulio echó la red atada a uno de los palos que sirven para sujetar la parte inferior de las velas y, con un movimiento rapidísimo, la elevó sobre la cubierta, con aquella sustancia sanguinolienta atrapada en su interior. Los ojos de Mario se transfiguraron en pura admiración.

—Aquí tienes - dijo Tulio con seguridad absoluta - espuma, sangre y semen del fiero Urano. El origen de Venus, la cuna oscura de la diosa del Amor.

El joven, boquiabierto, no acababa de creerse había de tocar esa fuente de divinidad. Puesto de rodillas, agradeció a los dioses tan inmerecido regalo. Estaba fuera de sí, loco de alegría. Abrazó a Tulio y sintió cómo el remero repasaba con sus duras manos la superficie caliente de su espalda y le oprimía contra el sudor de su pecho. Sintió en su vientre la dureza del sexo ajeno y el aliento de su boca en la mejilla. Mario, que conocía aquel tipo de acoso, intentó tomar distancia. Los brazos del remero, más fuertes, pudieron con el amago de rechazo. El masajista de las Termas sabía que, en esos casos, se precisaba más astucia que violencia. Le acarició suavemente el torso y los redondos bíceps. Le besó fugazmente en los labios. Tulio pensó que tenía ganado el combate y aflojó. Mario se apartó lentamente manteniendo una falsa sonrisa. Al final sólo las manos quedaron unidas. Así estaban cuando, por la puerta de la bodega, apareció Lucio. El remero, que no quería líos, y menos con un oficial romano, se escabulló como pudo en dirección de la cocina. Mario y

Lucio quedaron frente a frente. La mirada de Lucio se encrespó de ira y de desprecio. Si Mario tuvo el primer impulso de explicar lo acontecido, aquella oponente mirada acusadora le disuadió. Si Lucio no confiaba en él, valdrían de nada las explicaciones. No se humilló. Una insufrible tensión se instaló entre ellos. El Centurión dió media vuelta y fue a refugiarse en sus documentos. Mario recogió la viscosa placenta de Venus, la devolvió furiosamente al mar y se quedó, tumbado, recibiendo la última luz de la tarde.

Al anochecer Mario arregló, como de costumbre, la cama y preparó el pescado en sal para cenar. Lucio no probó bocado. Bajó al camarote, se echó entre las pieles y se envolvió con las sábanas dando la espalda al criado, quien, de mala manera, arrastró hasta el suelo una piel de cordero y se tumbó sobre ella.

—En Sidón de Fenicia - pensó - emprenderé el viaje de regreso a Roma. Esto se acabó.

Ninguno de los dos dormía. Callaban. El barco apenas se balanceaba. Entrada la noche, Mario sintió una ansiedad incontenible. Se levantó muy despacio y, con delicadeza, se tendió al lado de Lucio quien, de espaldas y fingiendo dormir, adivinaba cada uno de los movimientos de su criado. Esperaba oír algún sollozo o el eco de un suspiro. También a él la tristeza le devoraba las entrañas. También él reprimía la ira. Al sentir el calor que le llegaba del cuerpo próximo del muchacho, su corazón latió con fuerza, como si necesitara hacerse escuchar. No se movió. Mario empezó a recorrer la espalda guardada en la memoria de sus dedos. Lucio se dió la vuelta y los dos se fundieron en un abrazo que duró hasta la salida del sol. No hubo explicaciones.

El conjuro de la espuma del mar y del esperma de Urano había surtido su efecto, pero no de la manera que Mario había imaginado.

7. - LA LLEGADA

Un atardecer el vigía divisó, tras la bruma, las costas de Fenicia. El frenesí de la llegada se apoderó de la tripulación. Esa noche todos bailaron, se divertieron y bebieron los vinos traídos para la ocasión. Lucio y Mario cantaron y se emborracharon juntos hasta quedar dormidos de agotamiento.

A media mañana atracaron en el Puerto de Sidón. Hacía un calor tremendo. Mario se había puesto una túnica corta de lino y una cinta en el pelo. Lucio también prefirió vestir túnica corta. Dejó el peto y el casco de rigor para la recepción oficial. El puerto era un hormiguero: cargadores en busca de trabajo; comerciantes ávidos de novedades; prostitutas a la caza de clientes; raterillos atentos al menor descuido; avispados timadores de viajeros ingenuos; funcionarios y cobradores de impuestos que vigilaban los intentos de colar mercancías sin pagar; curiosos que hacían preguntas indiscretas; vendedores de abalorios orientales; predicadores de cultos fenicios y de extraños ritos africanos; elegantes sacerdotes griegos; taberneros ofreciendo hospedaje de mala muerte; mendigos y tullidos suplicando calderilla; soldados intentando mantener un orden. Todo ese revoltijo divirtió la mirada curiosa de Mario.

El Centurión Lucio Fabio ordenó a dos soldados que se encargaran de tramitar su llegada ante la autoridad del puerto. El, mientras tanto,

había ya identificado al funcionario romano con quien tenía que tratar. Mario custodiaba celosamente las pertenencias y los documentos de su amo. El funcionario puso a disposición del Centurión tres caballos y una pequeña guardia que le acompañaría hasta su destino: Cafarnaum, a orillas del mar de Galilea. Por de pronto, esa noche descansarían y la pasarían en el cuartel romano.

Mario escuchó la información que Lucio recibía sobre la situación política de la provincia imperial a la que llegaban. Las relaciones entre galileos, samaritanos, judíos y romanos eran muy tensas. Había revueltas y bandidos que se hacían pasar por el mesías. Pululaban los profetas que, intoxicados por el sol, surgían de todos los desiertos y aterrorizaban a la gente con múltiples amenazas de castigos divinos. Esos lunáticos envenenaban el ambiente. Además, las relaciones entre las autoridades locales y las autoridades romanas atravesaban un momento difícil debido a antipatías personales insuperables. Todo ocurría en una atmósfera donde se respiraba un denso odio a Roma. Los zelotas aprovechaban cualquier ocasión para alborotar y para asesinar. La seguridad de los caminos era muy precaria. Encima había que añadir la ya tradicional rivalidad de los romanos entre sí. Conspiraban unos contra otros y un alud de libelos, acusaciones y chismes llegaba hasta la misma capital Imperial. No había seguridad en ningún sitio. Era, pues, consigna de César estabilizar la región. El Centurión tenía que contribuir a apaciguar una situación que se deshilachaba por todas partes. Y había que empezar desde la base. Por eso se destinaba al cultivado y dialogante Centurión Lucio Fabio a un lugar de especial relevancia. Allí procuraría mantener el orden y vigilar la recaudación de impuestos. Su antecesor no había estado demasiado afortunado y tuvo varios enfrentamientos con los rabinos. Se sabía que

Lucio Fabio tenía una sensibilidad más fina para con las diversidades del Imperio. Le dieron más detalles y nombres que escaparon al interés de Mario quien, después de muchos días de navegación, no acababa de acostumbrar sus pies a la firmeza de la tierra. Esa noche pasearon por el puerto, disfrutaron de la brisa y cenaron invitados en casa del funcionario que les había recibido. Se retiraron pronto a descansar.

Lucio quiso dejar de lado, por un momento, la preocupación por todo lo que se le venía encima y se abandonó a las destrezas de su criado. Las caricias del muchacho le sosegaron el cuerpo. Reposado y mecido por la luz de las lámparas, decidió escribir a su esposa. Pidió al criado que, para inspirarle, le declamase alguna elegía. Comprobó, con agrado, tanto su excelente memoria como el buen hacer de Silvio. Mario, acompañado de su arpa, cantó un fragmento de Tíbulo:

Alejaos Musas,
si en nada ayudáis al amante.
No os honro para cantar guerras
ni me ocupo del curso del Sol y cómo,
cuando ha completado su círculo,
regresa la luna de vuelta, galopando.
Con mis versos
busco senderos accesibles a mi amada;
marchaos, Musas,
si nada podéis en esto aconsejarme.

El Centurión copió y glosó los versos en una carta llena de afecto que algo aliviaría la soledad de Patricia. Antes de dormir le pidió al muchacho que le recitase de nuevo la elegía. Mario cambió "amada" por

"amado". El recitado se desbarató en mil besos: era su primera noche en Oriente.

El traqueteo del puerto les despertó temprano. Tras el almuerzo y el baño iniciaron, contentos, el camino hacia Cafarnaum.

8. - EL CRIMEN

La aridez del paisaje y la temperatura hacían que el viaje se tornase pesado y aburrido. Lucio y sus soldados, acostumbrados a la guerra, soportaban bien la situación. No así Mario, que no paraba de beber agua y había abandonado todo intento de distraerse leyendo o tocando el arpa a lomos de caballo. Estaba empapado de sudor y le dolía el cuerpo entero. Tenía que aguantar el ritmo de marcha que la comitiva militar imponía. Era su obligación. Cuando maldecía aquellos caminos yermos y polvorientos, contemplaba la formidable espalda del Centurión y se consolaba pensando que andaba en esos trances únicamente por él. Atravesaron montañas y cruzaron aldeas en las que era incapaz de encontrar atractivo alguno. Solamente sentía sed, cansancio e incomodidad. Todo él eran ganas de llegar.

Al final del día, cuando Lucio mandaba acampar y el fresco de la noche descendía como un bálsamo cósmico sobre los cuerpos agotados, Mario sonreía de verdad. Se repasaba el torso con paños húmedos y se perfumaba. Repartía pan, vino y carne magra entre los soldados. Después, en la tienda, se quedaba a solas con Lucio. Entonces sacaba toallas y aceites, y masajeara suavemente las poderosas piernas y la dolorida espalda del Centurión. Si se encontraban cerca de algún torrente cercano, salían a bañarse juntos. Si había un pozo, Mario hacía traer agua y lavaba con esmero y paciencia el cuerpo entero del militar. Finalmente jugaban al

amor. Los soldados les espiaban. Ellos tenían que buscar su solaz de maneras menos hermosas.

Al ir pasando por los distintos pueblos o al divisar caravanas de peregrinos y mercaderes, Lucio hacía que Mario tomara nota del número aproximado de hombres, de mujeres, de niños, del estado de la población, de si llevaban o no armas y qué tipo de armas, de la lengua que hablaban, de sus enfermedades y cultos... El Centurión quería tener información de primera mano. Mario anotaba todo a la manera de un diario de viaje. Se sorprendió de la cantidad de detalles que debía constatar. Cuando Mario se sonreía al escribir cosas que hubiera pasado por alto y que consideraba del todo banales, Lucio le advertía que muchos de esos datos, algún día, resultarían trascendentales. Tenía razón. En tiempos de guerra, la más nimia información puede decidir el destino de una batalla.

Por fin, tras varios días, divisaron Cafarnaum. Era la hora nona. Apretaba el calor. Lucio mandó desviar la comitiva a un caserío cercano para abreviar los caballos, reponer fuerzas y asearse. Pasarían allí la noche. Había que entrar en la ciudad con dignidad. No estaría bien que un Centurión romano apareciese en su destino arrastrando su sed y su cansancio. Desde el caserío enviaría un par de soldados para anunciar su llegada. Mario, contento, contemplaba el paisaje, las montañas y, al fondo, el azul del mar de Galilea. Quería empezar a gustarlo, a admirarlo, a familiarizarse con él.

De pronto, un griterío llamó la atención de la comitiva. Se trataba de un tumulto de gente que se agolpaba en uno de los caminos que conducían del caserío a Cafarnaum. Lucio, seguido de sus soldados y de Mario, cabalgó rápidamente hacia el barullo. Se detuvieron a prudente

distancia de lo que parecía ser una escena terrible. Lucio dió orden de no intervenir. Se trataba de una ejecución según la ley judía: un lapidamiento. Los romanos debían respetar escrupulosamente las leyes locales que no les implicaban. Mario, curioso y seguro, acostumbrado a la crueldad de los juegos romanos, se apeó del caballo y se abrió paso entre los galileos para ver de cerca lo que pasaba. Cuando lo vió, se le tensaron los músculos del cuello, tragó saliva, sintió que un mareo le vaciaba el cerebro y fue incapaz de contener las lágrimas.

En el suelo, en medio de la turba, yacían los cuerpos de dos jóvenes que debieron haber sido muy bellos. Uno tenía el pelo negro como el carbón. Estaba boca abajo. El otro, de piel más clara y cabello rubio, había quedado muerto con los ojos muy abiertos. Eran unos ojos azul turquesa de atractivo excepcional. Estaban desnudos: les habían arrancado la ropa. Sólo les cubría polvo del camino apelmazado con la sangre que aún brotaba de las heridas abiertas. Algunos galileos sostenían piedras en las manos y sudaban temblando de rabia. Sus miradas eran más duras que aquellos pedruscos.

Unas mujeres, a distancia, lloraban con gran aparato de visajes. Eran las madres de las víctimas. Mario no supo distinguir si el llanto era de dolor o de vergüenza. Le daba igual. Apartó la vista de los cuerpos destrozados.

—¿Por qué? - preguntó Mario a un soldado romano que, seguramente, había venido para informar de la ejecución.

—Los descubrieron fornicando - respondió el guardia con desdén - Su ley manda lapidar a los que son así...

Un judío de cerrada barba, que había oído la pregunta de Mario, se aproximó y, amenazadoramente, le acercó una piedra al rostro y gritó:

Si alguien se acuesta con varón como se hace con
mujer, ambos han cometido abominación: morirán sin
remedio; su sangre caerá sobre ellos! -

Así habló Yahvé a Moisés.

Un relámpago de ira congeló el pecho de Mario. Respiró hondo, encaró la mirada pétrea del judío y se dió la vuelta. Muy despacio, con la vista baja y los puños apretados, se dirigió hasta donde estaba el Centurión quien, desde su caballo, no le había quitado los ojos de encima temiendo que hiciera alguna insensatez. Mario le miró inquisitivamente. ¿Le había traído para amarle o para matarle? Lucio conocía la ley de Moisés. ¿Por qué no le había advertido? Tampoco Silvio lo había hecho. ¿Acaso por alguna orden expresa? La mente de Mario crepitó de preguntas: ¿Cómo podían ser tan crueles esos bárbaros? ¿No habían oído nada de Platón? ¿No tenían sensibilidad? ¿No podían entender que esos dos muchachos, tan bellos, se deseasen hasta el extremo de poseerse? ¿De qué les servía la presencia de los romanos si no les cultivaba?

Mario estaba estupefacto ante esa ostentación de seguridad que no se detiene ante nada, que no duda y es incapaz de confiar y comprender las sutilezas y los matices del deseo que tan bien habían cantado los poetas.

Y, ¿qué sería de su amistad con Lucio si iban a estar rodeados de fanáticos por todas partes? ¿Habrían de acatar su odiosa ley? ¿Habrían de esconderse y de fingir para siempre? ¿Habrían de abrazarse cada vez con

el miedo devorándoles el cuerpo? ¿Tendrían que acabar sometidos a ese dios tan arbitrariamente sanguinario?

Mario montó en su caballo y Lucio dió la orden de proseguir hacia Cafarnaum. El silencio pesaba como el plomo. Se olvidó del calor, de la sed, y de la misma ciudad que les recibía indiferente. Tremolaba como si tuviese fiebre. Llegaron al cuartel y se instalaron de prisa. Apenas cenó. No veía más que lo que su memoria se encargaba de representarle sin cesar y sin piedad: dos cuerpos bellísimos, sangrantes, magullados, lapidados en nombre de la ley infame de un dios más feroz que el mismo Cronos.

Tras la cena, mientras Lucio recibía los largos y pertinentes informes del oficial encargado de la guarnición, Mario se quedó solo y se retiró al cubículo que compartiría con el Centurión. Sentía vértigo ante la hondura del miedo. Deseó volver a Roma. Anheló regresar a las Termas donde trabajaba sin que el odio le revolcara el alma. Quiso refugiarse en Virgilio y en los fragmentos de Ovidio. En el arpa. Buscó y rebuscó en los libros amados una puerta de fuga. Quería huir hacia la belleza ausente donde viven las palabras. Hacia los recuerdos. Quería huir, simplemente. Escapar. No pudo. Por la estrechez de la ventana buscó sosiego en las estrellas. Pero la oscuridad vencía al aire como le había vencido el corazón. Se durmió de pura desesperanza.

Lucio llegó muy entrada la noche. Encendió la lámpara de aceite. Cuidadosamente se acercó a Mario y le abrazó con fuerza. El muchacho despertó y respondió al abrazo, pero instintivamente sus ojos se clavaron en la puerta y en las ventanas: tenía miedo a que les estuvieran espiando. Tenía miedo a que los seguidores de Moisés vinieran a destruirles la vida a

pedradas. Deseaba perderse en el pecho de Lucio, pero ni siquiera los latidos del corazón amado le proporcionaban seguridad. Lucio se limitó a acariciar, con toda la ternura que sabía, el fragilísimo cuerpo de su masajista.

— A nosotros no nos obliga su ley, pero hemos de ser discretos, te amo - decía y repetía Lucio con voz muy baja.

Mario sollozó. Las palabras no le consolaban. Sólo sentía espanto y rabia.

Durmieron muy apretados, uno contra otro. Morfeo les cubrió con un manto de pesada melancolía. Ese no era el inicio que el Centurión había deseado.

9. - LAS PRIMERAS COMPRESIONES

Pasaron los días, y las imágenes de la barbarie fueron disolviéndose como la niebla. Quedaron, no obstante, agazapadas en los desfiladeros de la memoria de Mario. Asomaban cada vez que Lucio le miraba con deseo. Si al atardecer le pedía un masaje reparador, Mario lo daba con el temor carcomiéndole las manos. Si le sonreía con la mirada, si le abrazaba por la noche, si hacían el amor, siempre el miedo venía a acelerar el corazón del muchacho y estropeaba sus juegos. Lucio intentaba ahuyentar sus fantasmas. Los argumentos, sin embargo, no llegaban a disipar aquella sombra que les separaba. Mario, impotente, se daba cuenta de que la calidad de su entrega decaía. Lucio veía renacer en esos temores aquellos otros que había conocido en el alma de Patricia.

Mario llegó a esconder algunos manuscritos preciosamente caligrafiados por Silvio. Los enterró en un rincón del patio. Destruyó los que consideró más comprometedores. Lloraba mientras veía arder aquellas páginas evocadoras de tanto esplendor. Memorizó todo lo que pudo. No quería que un fanático curioso les pudiese acusar blandiendo los textos más bellos del mundo. Le horrorizaba morir lapidado por esa turba ciega seguidora de Moisés. Se obsesionaba.

Una tarde el Rabino de Cafarnaum visitó el cuartel. Sonreía amable tras la blanquísima barba que le investía de autoridad. Invitó al Centurión a cenar en su casa. Lucio valoró el gesto como señal de buena voluntad. Aceptó. Mario permanecía distante. Se endurecía su rostro en presencia del representante de la ley divina.

Cuando el Rabino se hubo marchado, Mario receló y manifestó su deseo de no acudir. Lucio insistió en que le acompañase. Era su criado y había contraído obligaciones a las que no podía renunciar. Además, volvió a insistir, la ley de Moisés no les incluía a ellos. Ante los judíos, ellos eran paganos, invasores, odiados, eso sí, pero a los que debían someterse. El asesinato de un oficial romano, desataría una represión tremenda que nadie deseaba. Mario podía estar tranquilo. Lucio le ordenó preparar las cosas para asistir a la cena. Los dos.

La noche siguiente se presentaron en casa del Rabino. Llevaban sus mejores vestimentas. El anfitrión había preparado una mesa rica en frutas, viandas y buenos vinos. Les recibió en compañía de sus tres hijos. Las mujeres tenían prohibido asistir al convite. Era la costumbre. Ordenó que un sirviente lavara los pies del Centurión. El mismo no lo hizo, porque Lucio era un pagano, y un pagano especialmente contaminado por ser invasor y, con mucha probabilidad, sexualmente impuro... En la mesa, Mario, como criado que era, tenía que permanecer detrás, junto a David, el hijo menor del Rabino. Ambos debían tener, más o menos, la misma edad.

La cena transcurrió en una atmósfera de cuidada cordialidad. El Rabino quería explicar al oficial su versión de los viejos conflictos tenidos con las autoridades romanas. Esos conflictos tenían bloqueados los

trámites para la construcción de la nueva Sinagoga. Urgía esa construcción.

Un año antes habían estallado disturbios y violencias. Los romanos creyeron que las autoridades locales escondían a dos zelotas muy buscados. Huían después de haber asesinado a un soldado romano y poseían información que, a juicio del anterior oficial, era esencial para desmontar el movimiento de resistencia. La cosa terminó con el apresamiento y la ejecución de los exaltados.

Explicó el Rabino que tanto él como los fariseos pretendían convivir en paz con los romanos y que, si bien, tenían reservas frente a las pretensiones religiosas del Emperador, no obstante, aceptaban plenamente su autoridad. Le contó cómo la tensión con el Centurión anterior llegó a hacerse insoportable y cómo, más de una vez, la sangre estuvo a punto de correr por las relativamente pacíficas calles de Cafarnaum. El Rabino se puso a disposición de Lucio y le prometió hacer todo lo posible para pacificar al pueblo. Lucio, sin creerse del todo la adhesión política del Rabino, aceptó el ofrecimiento y, a su vez, prometió reemprender y agilizar los trámites para la construcción de la nueva Sinagoga como signo de buena voluntad.

Tras los enojosos asuntos políticos, la conversación tomó otros derroteros más agradables. Lucio hizo gala de su conocimiento de la Torá, cosa que sorprendió y admiró al Rabino. También Mario se quedó atónito. No entendía cómo, si Lucio conocía las leyes y costumbres de aquella gente, no le había advertido de sus crueldades. Pero la verdad es que esa noche se sintió orgulloso de su Señor.

El Rabino y el Centurión se enfrascaron en una discusión sobre casuística legal en cuestiones matrimoniales. Los hijos mayores del Rabí seguían con pasión la controversia. Apoyaban a su padre con claros movimientos de cabeza y reprobaban, con gestos evidentes, los argumentos del oficial romano. Por su parte, Mario y David empezaron a seguir con interés el debate, pero como aquello llegó a complicarse con muy alta finura de sutilezas, los jóvenes acabaron por aburrirse y decidieron hablar de sus cosas.

Mario le contó a David curiosidades de la urbe romana y sus costumbres, pero tomó la precaución de callar su pasado como masajista. David, por su parte, le explicó que llevaba el nombre del mayor rey de Israel, después de Salomón, y se ofreció a enseñarle los alrededores de Cafarnaum, en especial los accesos a un torrente de agua dulce donde era posible refrescarse en los días de calor. David ocultó su nacionalismo. No era el momento de explicarlo. Se hicieron amigos. Ambos sabían que, por delicadeza o por miedo, callaban cosas. Querían ser mutuamente amables. Ya habría tiempo para hablar de todo.

Lucio vió con buenos ojos la camaradería de Mario con el hijo del Rabino. Le facilitaría las cosas y curaría al masajista de sus fobias y miedos. El mismo disfrutaría de mejores masajes y mejores abrazos si el muchacho se serenaba. Por otro lado, tras la experiencia traumática del primer día, Mario se cuidaría mucho de sentir cualquier atracción erótica por el joven David.

Se retiraron tarde. Por primera vez Mario durmió de un tirón. Lucio también.

10. - DAVID

Pasaron las semanas del verano y la vida fue entrando en la normal monotonía. David y Mario empezaron a verse con mayor frecuencia. Una mañana de principios de otoño fueron a pasear cerca del mar.

David nunca había salido de Galilea y tenía curiosidad por todo lo que Mario le pudiera contar de la enigmática y lejana Roma. Anidaba en él, como en muchos jóvenes judíos, un considerable odio a todo lo que representaba la ocupación imperial. Al mismo tiempo reconocía que, tras esa detestada fuerza invasora, se escondían tesoros de sabiduría y bellezas que su pueblo no alcanzaba a comprender ni podía, por tanto, disfrutar. Si un judío se romanizaba demasiado era considerado traidor. David quería saber más, pero debía hacerlo a escondidas. Hizo propósito de estar por encima de todo lo que olera a pagano. Incluso reprimiría los gestos que pudieran acusar demasiada admiración. Por algo era él hijo de Abraham, de la tribu de Benjamín, miembro del Pueblo Elegido. Mario era justo lo que él necesitaba: un amigo discreto que colmara su curiosidad y nada más. Debía, no obstante, tener cuidado de no dejarse ver demasiado con el criado romano. Eso podría granjearle disgustos con los judíos más ortodoxos de la ciudad, a los que admiraba. El hijo del Rabino debía dar ejemplo de fidelidad y ortodoxia. Yahvé protegería su fe.

También Mario tenía curiosidad por las cosas de aquel pueblo bárbaro que despreciaba. Había notado que, por ser romano y criado de Centurión, los habitantes de Cafarnaum no acababan de aceptarle. Sabía que era un pagano y, además, un invasor. Podía, no obstante, prescindir de ellos. Le bastaba estar con Lucio. Vivir y trabajar para él. ¿Qué más podía desear?

Mario sabía que los galileos estaban al tanto de que el trato de los oficiales romanos con sus jóvenes criados incluía el sexo. Sabía también que entendían que la ausencia de mujeres en el ejército hacía más o menos comprensible esa situación, pero en ningún caso la justificaba ante la Torá. Para Yahvé, el sexo entre varones era simple y pura abominación que exigía la muerte como castigo. Para ellos el hombre debía engendrar hijos con el fin de prolongar la historia del pueblo, acrecentarlo, y acelerar así la venida del mesías. Desde esa perspectiva, desperdiciar esperma era un crimen. Esa visión de las cosas era completamente extraña a Mario. Entre él y Lucio había más que mero desfogue, había cariño. Eran, sobre todo, amigos. Sin embargo, a los ojos de los judíos, eso no disminuía en nada la culpa. La aumentaba.

Durante el paseo, Mario pidió a David que le explicara el origen de su nombre. Le recordó que la noche que se conocieron le había hablado de un gran Rey. Mario quiso saber más. David recitó entonces la historia del Rey David y Mario quedó maravillado. Se imaginó al Rey, hermoso y grande como un dios griego. Astuto como Marte en los trances de la guerra y apasionado como Júpiter en las lides amorosas: la batalla contra los filisteos y el combate con Goliat le embelesó. Debía ser una especie de Teseo oriental. Quedó fascinado con las malas artes utilizadas por el Rey

para conseguir el amor de Betsabé. La historia le recordó fragmentos de teatro griego que Silvio le leyera un día.

Lo que más desconcertó a Mario fue la amistad del Rey con su amigo Jonatán. Cuando el hijo del Rabino le leía, en una traducción latina bastante imperfecta, pero inteligible, el lamento del Rey David tras la muerte de Jonatán, los ojos del criado se anegaron de lágrimas. Encontraba que aquel canto expresaba tanto desgarramiento como el que Homero pone en el corazón de Aquiles tras la muerte de Patroclo. El muchacho se hizo leer el lamento real varias veces:

"¡Cómo cayeron los héroes en medio del combate!
¡Jonatán! Por tu muerte estoy herido,
por ti lleno de angustia, Jonatán, hermano mío,
en extremo amado,
más delicioso para mí tu amor
que el amor de las mujeres.
¡Cómo cayeron los héroes,
cómo perecieron las armas de combate!"

Mario recordó las palabras de Antíloco notificando a Aquiles la muerte de Patroclo a manos de Héctor. Con cautela, pero claramente, explicó a David la relación entre los dos guerreros griegos y le recitó el fragmento que canta el dolor de Aquiles:

"¡Ay de mí, hijo del aguerrido Peleo! -dijo Antíloco - Sabrás una infausta nueva, una cosa que no hubiera tenido que

ocurrir. Patroclo yace en el suelo, y teucros y aqueos combaten en torno al cadáver desnudo, pues Héctor, de tremolante casco, tiene la armadura.

Así dijo. Una negra nube de pesar envolvió a Aquiles. El héroe cogió ceniza con ambas manos, las derramó sobre su cabeza y afeó el hermoso rostro, y la negra ceniza manchó la divina túnica; después se tendió sobre el polvo como si quisiera ocuparlo por completo, y, con las manos, se arrancaba los cabellos..."

Aquiles podría entonces haber entonado el mismo lamento que el Rey porque ambos sentían lo mismo. Así se explicaba Mario ante David, entusiasmado por haber creído encontrar un puente entre los textos sagrados judíos y los de la bellísima épica griega.

El joven galileo quedó desconcertado. Se le ensombreció la mirada. Consideraba intolerable que un texto sagrado de Israel pudiera compararse con un canto pagano de connotaciones tan claramente prohibidas por la Ley. Mario intentó argumentar describiendo la comparación de un dolor que él creía poder comprender muy bien: ¡Se trataba de un sufrimiento previo a cualquier escritura, sagrada o pagana!

David guardaba silencio. Apretaba los labios y su barbilla vibraba de rabia y de impotencia por no poder responder. El ritmo de su respiración se había acelerado visiblemente. Mario supo que estaba internándose en territorio peligroso. Sintió que algo estaba a punto de romperse. Prefirió retirarse y no presionó más. David le agradeció que desapareciera.

Aquella tarde los amigos se separaron dejándose mutuamente un regusto de amargura. Ambos quedaron, cada uno dentro de su soledad, con el ánimo turbado.

David era consciente de que carecía de argumentos para destrozar ese puente que el romano había construido entre los textos sagrados y el poema pagano. Le molestaba. Le irritaba. No podía aceptar ni soportar que el amor entre el Rey David y Jonatán fuese de la misma especie que el amor degenerado entre Aquiles y Patroclo. Si hubiese sido así, el Rey hubiera tenido que morir lapidado, como manda la Ley de Moisés. Claro que -pensaba- el Rey también había asesinado a Urías, el marido de Betsabé... El aprendiz de Rabino solamente podía negar, pero se sentía vacío: no podía afirmar. Estaba convencido de que los paganos sólo traían dudas a los buenos israelitas. Debilitaban la fe de los padres: la fe de Abraham, de Isaac y de Jacob. David intentó refugiarse en un salmo:

"A ti te suplico Yahvé:
ya de mañana oyes mi voz,
de mañana te presento mi súplica
y me quedo a la espera..."

Porque no eres un Dios que se complace en la impiedad,
no es el malo huésped tuyo.
No. Los arrogantes no resisten
delante de tus ojos..."

Era inútil: no le llenaban las plegarias. Quería argumentos y no los encontraba. El arrogante Mario parecía resistir. La Torá mandaba, con

todo, ser acogedor con los extranjeros. Hubiera podido ser más cortés, pero ya era tarde.

No se atrevió a manifestar a su padre todo ese embrollo de preguntas y de dudas. No fuera a sospechar que su hijo había tenido alguna relación impropia con el criadito romano. De ese tema valía más no decir palabra. David decidió suspender sus visitas a la casa del Centurión. Antes tendría que aclarar su propio corazón.

Mario, por su parte, no comprendía tanta cerrazón. Le parecía que no era tan grave la comparación de las dos pasiones. Al contrario, la encontraba hermosa. No entendía cómo la ley de Moisés castigaba con la muerte, ¡y qué muerte!, el amor entre varones, cuando, precisamente, el más rubio de sus reyes había sentido ese amor y lo había cantado con palabras bellísimas. No entendía por qué el rey David no había sido lapidado. Y no solamente por su evidente enamoramiento de Jonatán, sino por el asesinato vil de uno de sus oficiales... Mario pensó que la fe de los judíos no era mucho de fiar. Confirmó su opinión sobre ellos. No estaba dispuesto a dejarse amargar por gente de tan baja catadura. Para rehacerse intentó recordar alguno de los himnos a la lúcida diosa Atenea que se cantaba en el añorado templo de Minerva en Roma:

"Comienzo a cantar a Palas Atenea, gloriosa deidad de ojos de lechuza, sagaz, venerable, protectora de ciudades, ilumina mi alma, Diosa..."

El himno no le alivió la desazón. Hubiera podido tener más tacto y paciencia. Hubiera intentado ser más convincente. No había sido fiel al

espíritu tolerante aprendido de Silvio. El Imperio era plural. ¿Por qué era tan insoportable la diferencia de Israel? ¿Por qué los judíos eran tan tercos?

Decidió no comentar nada con Lucio. No quería que pensara, ni por un instante, que podría estar intentando seducir al hijo del Rabino.

Mario se fue tranquilizando al comprobar que David dejaba de visitarle. A pesar de todo, no quiso romper con él. Por su cuenta fue leyendo y estudiando las leyendas de Israel. Lucio le consiguió una pasable versión latina de los libros sagrados. Le gustaba mucho la historia del Paraíso y la serpiente. Se reía con la construcción de la torre de Babel. Le impresionó la lucha entre Caín y Abel. Lo del diluvio no le pareció muy original: Silvio le había contado cosas parecidas, pero la explicación del arcoiris le gustó. Admiró la osadía de Abraham, dispuesto a matar a su hijo contra toda razón. Le aburrían terriblemente las inacabables genealogías. Le fascinó la aventura de José y sus hermanos: hablaba de sueños y desciframientos. Le encantó la salida de Egipto y la desigual guerra entre el Faraón y Yahvé: era como si los troyanos, ellos solos, se hubiesen enfrentado al poderoso Ares. No comprendía la dureza con la que Moisés había tratado al pueblo en el desierto. ¡Pena de muerte por todo! Moisés no le gustaba, aunque el pasaje de la zarza ardiendo le produjo una especie de suave aturdimiento. Le cautivaron, sobre todo, los libros de sabiduría. Los encontraba muy cercanos a la filosofía que Silvio le había explicado, y a los preceptos morales que el anciano sacerdote del templo de Minerva le había inculcado. En cambio, por los exabruptos de los profetas no sentía simpatía alguna, salvando textos muy contados. En general los detestaba. Prefería las adivinanzas de las Sibilas, los sutiles

enigmas de la Esfinge, y los inteligentes oráculos de Delfos. Lo del mesías le parecía sencillamente ridículo. ¿Para qué un mesías si había Emperador?

Tampoco entendió aquella manía que el dios judío le tenía a las imágenes. Bien sabía que ningún mármol podía representar la grandeza de los dioses, pero prohibir la belleza de la escultura era como prohibir el acceso al mismo dios. Mario no podía concebir un templo sin estatuas. Era impensable un espacio sin evocaciones. Le parecía absurdo un templo sin apoyo para los himnos. Era dejar la cosa a medio hacer. Eso de adorar un dios tan irracionalmente celoso era perderse media vida, pensaba.

Mario fue, poco a poco, conociendo a los habitantes de Cafarnaum y, con el roce, fue entrando en una normalidad que, si bien, nunca tocó la familiaridad, sí llegó a ser algo más que una mera convivencia.

Los muchachos no volvieron a intimar. Sin embargo se saludaban con amabilidad, y ninguno tenía reparo en conversar con el otro si se encontraban, bien porque Lucio enviaba a Mario con algún recado para el Rabino, bien porque David era asiduo a las lecturas públicas de la Escritura a las que Mario también solía asistir.

Mario fue acostumbrándose a la vida cotidiana que armonizaba el trabajo diurno con los placeres nocturnos.

11. -LA SINAGOGA

Una mañana Lucio pidió a Mario que le preparase la mejor túnica y que se arreglase para acompañarle. Irían a ver al Rabino. Mario debía anunciar que la visita se haría al día siguiente, al caer la tarde.

A la hora acordada, el Centurión Lucio Fabio y el muchacho se presentaron en casa del Rabino. El rostro del Centurión tenía el resplandor propio de quien es portador de buenas noticias. El Rabino y su familia estaban expectantes.

El anciano, sonriente, les invitó a entrar, y cuando estaba a punto de dar la orden a sus criados para lavar los pies del ilustre huésped, éste tomó la palabra y, sin preámbulos, anunció con solemnidad la inminente construcción de la Sinagoga. Las trabas burocráticas habían sido superadas. El Tetrarca de Judea y Galilea había, no solamente concedido los necesarios permisos y dispensas, sino que, incluso, había tramitado una subvención especial desde la misma Roma. El Centurión vigilaría el desarrollo de la construcción. Los ancianos conseguirían la mano de obra, cosa que no suponía dificultad alguna: la gente trabajaría con entusiasmo en lo que, desde hace tanto tiempo, venía demandando. Los planos que el Rabino había dado al Centurión le fueron devueltos con todos los sellos y documentos acreditativos. La obra podía iniciarse de inmediato.

La alegría inundó el rostro del anciano y el de sus hijos. Se escucharon risas tras la celosía que custodiaba el sitio de las mujeres. El rostro de Mario reflejaba sorpresa y contento. El de Lucio transparentaba la satisfacción de haber conseguido algo difícil. Cumplía eficazmente con su cometido: destensar las relaciones entre romanos y galileos.

Esa noche el Rabino ordenó a su hijo mayor que lavara los pies del noble Centurión. El joven lo hizo de buena gana. Mario, impulsivamente celoso, no pudo disimular una socarrona sonrisa al constatar la torpeza de aquellas manos judías malacariciando los pies de su amante y Señor.

Los presentes entonaron salmos de acción de gracias. La cena transcurrió entre risas, cantos y planes de construcción. No hubo discusiones teológicas ni controversias jurídicas.

David y Mario se comportaron de forma especialmente amable. Esquivaron todo lo que pudiera recordarles los roces anteriores. Esa noche, si no se hicieron amigos, sí se acercaron más el uno al otro. Por lo menos parecieron terminar con los recelos que, durante meses, habían enturbiado su incipiente amistad.

A la mañana siguiente, con la primera claridad, ya estaba el anciano Rabino, sus parientes, sus amigos, los lectores y los escribas, en el solar donde tenía que erigirse la nueva Sinagoga. Discutían sobre medidas y alturas, sobre espacios y orientaciones. Las mujeres imaginaban cortinas y diseñaban cojines. Todos habían venido a ver el solar donde había de ubicarse la futura Sinagoga. La simpatía hacia el Centurión creció enormemente.

Sólo algunos, entre los más observantes de la ley, dejaron resbalar la sospecha de que toda aquella generosidad romana no era más que una

táctica del invasor para comprar la voluntad del invadido. Un engaño para ingenuos. Un pretexto para disfrazar traidores. La gente no hizo caso, pero la ponzoña estaba ya lanzada. Una brizna de duda reanimó la desconfianza en el corazón de David.

La vida cotidiana, durante los meses que siguieron, tuvo por eje la construcción de la Sinagoga. Los hombres se organizaron en turnos que trabajaban de sol a sol, dejando libres las calurosísimas horas del medio día y, por supuesto, los sábados. El Centurión envió soldados para ayudar con las cargas más pesadas. Muchas veces él mismo asesoraba al Rabino en las complicadas cuestiones de acabamiento arquitectónico.

Mario contribuyó a su manera. Organizó junto con David y los niños galileos un eficaz servicio de reparto de agua que fue muy agradecido por los sedientos operarios que no cesaban de trabajar. El antiguo masajista era un experto en eso de distribuir agua.

La Sinagoga estuvo terminada para la gran fiesta de la Pascua. Se preparó una solemne liturgia. En ella se proclamarían textos relevantes de la Torá y de los Profetas. A la lectura podían asistir los paganos y se enterarían cómo el Dios, siempre fiel, de Abraham, de Isaac y de Jacob había salvado a su pueblo de las manos del Faraón. Cómo le había conducido con seguridad por el desierto y cómo el pueblo, de dura cerviz, había pecado de idolatría. Cómo Dios le había dado su Ley y le había llevado hasta la tierra que mana leche y miel. Oirían historias de guerras e himnos oriundos de batallas memorables. Escucharían cómo los profetas fueron guiando al pueblo a través del tiempo, a pesar de las traiciones e infidelidades de Israel. Renovarían su adhesión a la alianza que Dios había hecho con Abraham. Afianzarían su esperanza en el mesías que renovarían

a Israel y le liberaría de todos sus opresores para hacerlo pueblo de reyes. Rezarían para que, de la misma manera que Dios había actuado en el pasado, con brazo fuerte y mano poderosa, lo hiciera en el momento presente y lo siguiera haciendo en el futuro. Cantarían salmos y danzarían acompañados de música sagrada como lo había hecho el Rey David ante el Arca de la Alianza.

La ceremonia fue densa, larga. Los soldados bostezaban y no disimulaban su aburrimiento por la excesiva duración de la liturgia. El Centurión Lucio Fabio, en cambio, prestaba atención a todo cuanto sucedía. Su curiosidad se alimentaba por dos vías: como ciudadano romano quería conocer aquella cultura; como oficial del Ejército Imperial debía tomar nota de lo que ocurría en el territorio de su responsabilidad. Hubo momentos hermosos en los que disfrutó del agradecimiento caluroso que la ciudad le brindaba. Pero también tuvo que soportar las miradas acusatorias que recibía cuando se leían los textos que hablaban de las exigencias Ley de Moisés o del Mesías liberador. Lucio aguantó imperturbable. Sabía hacerlo.

Mario, siempre detrás del militar, no perdía de vista el rostro del hijo menor del Rabino. También, como su Señor, disfrutó de la cálida acogida del pueblo que, por momentos, parecía llegarle tamizada por las oscuras pupilas de su amigo David. Pero, también, al retumbar en el aire las desmesuradas exigencias de la Ley de Moisés, o cuando surgía la bocanada nacionalista de un mesías exaltado que anunciaba la destrucción y el sometimiento de todo lo que no fuera Israel, notaba que los ojos de David se cargaban de odio y suficiencia. Mario le sostenía la mirada seguro de pertenecer a una cultura inmensamente superior. Su rostro se volvía desafiante. Dejaba ver que, si estaba allí, era por mera condescendencia y

no por sometimiento. Le irritaba que, a veces, su amo fuera demasiado amable con los galileos. A sus ojos, llegaba a rozar el servilismo.

David consideraba que los romanos podían estar empezando a comprender la grandeza de Israel. Había oído decir a Mario que si los romanos conquistaron con armas y valor a los griegos; los griegos habían conquistado a los romanos con su inteligencia y sensibilidad. David esperaba que lo mismo sucediera con Israel. Si Roma los había humillado, ellos humillarían a Roma desde dentro y, con la fuerza de Yahvé. Harían que la capital del mundo se trasladase a Jerusalem. ¿Por qué no podía hacerse más rápido? ¿Por qué no suprimir las resistencias paganas usando las armas? ¿Por qué haber de esperar tanto?

El día terminó con ambiente de fiesta. Desde entonces las relaciones entre romanos y galileos se hicieron, a pesar de todo, más llevaderas.

Lucio y Mario siguieron disfrutando sus amores a escondidas, pero ya sin el constante temor que hasta entonces habían tenido. Los galileos, aunque sabían de esas relaciones, agradecían que se desarrollaran en el más absoluto secreto. Lo que menos interesaba al Centurión era escandalizar al pueblo que tanto le había costado ganarse. Mario también se sentía seguro.

Perdido el miedo, el muchacho empezó a actuar con más naturalidad. Terminadas sus obligaciones diarias, iba cada tarde a buscar agua limpia al torrente. La calentaba en el patio de la casa y luego la llevaba a la habitación. Continuaba cerrando cuidadosamente puerta y ventanas. Echaba el agua sobre piedras incandescentes que previamente había preparado con aceites y hierbas conseguidas en el mercado o cerca del mar. La habitación quedaba invadida por un vapor aromático que les

suavizaba la piel. Recreaba el caldarium de las Termas. Preparaba vino con miel, queso y pan de higo. Cuando Lucio llegaba, sabía que le esperaba una sesión de cariño que agradecía con la mejor de sus ternuras. Una noche Mario tuvo la imprudente osadía de recitarle unos fragmentos del Cántico que el Rey Salomón había compuesto para la Reina de Saba.

¡Que me bese con los besos de su boca!
Mejores son que el vino tus amores;
mejores al olfato tus perfumes;
ungüento derramado es tu nombre;
por eso te aman las doncellas.

Llévame en pos de ti: ¡Corramos!
El Rey me ha introducido en sus mansiones;
por ti exultaremos y nos alegraremos.
Evocaremos tus amores más que el vino;
¡con qué razón eres amado!

Mario cantó provocadoramente alto. Lucio, entre asustado y sorprendido, le tapó la boca. Luego, riendo, le ordenó continuar, pero al oído. Si algún galileo les oyese, consideraría aquello como una blasfemia imperdonable. Una burla. No quería correr riesgos. Era evidente que el exceso de confianza les había hecho bajar la guardia.

Durante el remanso que se disfruta después del placer, Lucio advirtió a Mario que debía ser más precavido. El joven asintió con una sonrisa de encantadora irresponsabilidad.

12. - INCIPTI TRAGOEDIA

Una mañana del final del verano Mario fue a buscar hierbas para aromatizar los aceites. Tomó el camino que llevaba al mar y que llegaba hasta el torrente que conocía desde los inicios de su amistad con David. El sol lucía con fuerza. El agua cristalina bajaba por las colinas jugueteando entre las rocas. La espléndida vista extasió su mirada. Respiró el aire purísimo que soplaba del norte. Como un gamo escaló unos riscos hasta encontrar las hierbas que buscaba. Se entretuvo en cazar lagartijas y en observar, divertido, la laboriosidad de las hormigas. Se quitó la túnica y se lanzó al torrente. Chapoteó, jugó, saltó. El agua, deliciosa, contrastaba con la tibieza sensual del aire. Todo le invitaba a degustar los placeres que ofrecen las mañanas estivales.

Desnudo y jadeante se tendió sobre la arena para que el sol le bronceara la piel. Sintió las gotas de agua recorriendo su cuerpo y dejando, cada una, su fina estela de frescura. Era, todo él, un Gánímedes dispuesto para la seducción de Zeus. El cansancio le fue cerrando los párpados. Se quedó dormido entregado a la delicia del día.

El calor y la sed le despertaron. Saturados sus sentidos y con torpeza se acercó al torrente. Se situó bajo un chorro de agua translúcida que le espabiló y le alivió la sequedad de la garganta. Bebió hasta saciarse. El agua saltaba a borbotones entre dos rocas enormes que se encontraban

justo por encima suyo. Caía desde lo que debía ser una baza natural cuyo interior no alcanzaba a ver. Tuvo curiosidad por explorar aquel rincón. Trepó ágilmente por las rocas que conducían a la baza. Al llegar arriba, su rostro se contrajo al descubrir, en la superficie del agua, el cadáver putrefacto de un perro. El caudal transparente atravesaba un horrible hueco abierto entre las costillas del animal, removiendo la carne blancuzca aún adherida a los huesos. Le asustaron los dientes del can, blancos y afilados, amenazantes. Las cuencas de sus ojos, negras y vacías, le causaron espanto. Había restos de vísceras podridas embozando la salida de la baza, precisamente sobre donde acababa de beber. Mario se arqueó de asco. Tuvo unas ganas tremendas de vomitar. No pudo. La dulzura del agua, que aún conservaba en la boca, se le amargó en la garganta.

Mario regresó corriendo a la guarnición. Bebió vino. Se hartó de miel. Masticó hojas de menta. De pura repugnancia no pudo comer. Contó lo sucedido a Lucio, quien no le dió mayor importancia. Incluso le gastó bromas de mal gusto. Esa noche no hubo masaje ni caricias.

Días después Mario empezó a sentirse mal. Se le hinchó el vientre y tenía náuseas constantemente. No podía dormir. Le vino una diarrea imparable. Palideció. Le salieron unas infectas manchas rojas en el rostro y en el pecho. Lucio no manifestaba preocupación alguna. Estaba seguro de que se trataba de una intoxicación normal en tiempos de verano y de que todo se olvidaría en una semana. No obstante, y todavía gastándole bromas, le preparó una purga a base de aceite de pescado y leche de cabra. Hizo cocinar alimentos ricos en carne que le devolviesen la fuerza perdida. Pero Mario no mejoró. Unas profundas ojeras le ensombrecieron los ojos. De noche la fiebre le descoyuntaba el cuerpo. Lucio le aplicaba paños de agua fresca en la frente y en el pecho para bajarle en vano la temperatura.

Días más tarde Mario se puso a delirar y a sudar copiosamente. Estaba perdiendo mucho peso. El Centurión empezó a preocuparse de verdad. Le cambiaba las sábanas con frecuencia. Los soldados montaban guardia. Mario tiritaba. Le rechinaban los dientes. Decía tener frío. Lucio entonces le abrazaba procurando pasarle su calor. Era inútil. El muchacho se quejaba apretándose con las manos el vientre cada vez más duro y agarrotado. Sentía unos dolores espantosos que le obligaban a permanecer constantemente en posición fetal. Lucio quiso enderezarlo, pero de la boca reseca de Mario salió un alarido horrible. La piel se le había puesto del color de la cera y las manchas intensificaron su tono y su presencia. Defecaba y orinaba sin control. El hedor que despedía era insoportable. Solamente el Centurión permanecía en la habitación.

Lucio mandó buscar urgentemente al mejor médico de la región quien, al entrar en la casa, se encontró con un panorama impresionante. Mario estaba acurrucado en un rincón y le miraba aterrado. Los ojos, enormes, saltones, turbios; la piel apergaminada, casi transparente; aquellas asquerosas ronchas que le desfiguraban el rostro; el pelo ralo y reseco; el pastoso mascullar quejidos; la difícil respiración; el aire pútrido.

Mario gritó apenas el médico se aproximó para tocarle. En pocas semanas había adelgazado notablemente. Los brazos perdieron su musculatura. Las piernas, antes torneadas y bellas, mostraban ahora una repugnante arquitectura de huesos y pellejos colgantes. No las podía mover. El hermoso efebo se había transformado en monstruo. El médico le recetó brebajes y unciones de difícil elaboración; mucha ventilación y baños de sol. Recomendó refrescarle los labios con vinagre. No supo hacer un diagnóstico claro. Se trataba de algo más que una simple intoxicación estival, pero no sabía qué.

Lucio ordenó inmediatamente a un soldado la preparación de los medicamentos. Otro se dedicaría a lavar las sábanas que debían ser cambiadas con la máxima frecuencia. Pidió información sobre las hechiceras que vivían en Siria y en Fenicia. Envió un legado a ofrecer, en secreto, un sacrificio en el antiguo templo de la diosa Astarté que aún tenía culto en el puerto de Tiro. Hasta Egipto envió dinero: al templo de Isis y Osiris.

Lucio permanecía al lado de Mario y lo mimaba. No permitía que nadie le tocara. Procuraba esconder su pena ante los ojos, cada vez más idos, del muchacho. Le sonreía como si la cosa no fuera grave. El masajista le respondía esbozándole algo más parecido a una mueca que a una sonrisa. Fingían, pero no se engañaban.

Una mañana el Rabino, en compañía de sus hijos y de otros notables, se presentó en la guarnición. Lucio, pálido y descuidado, salió a recibirle. Unas ojeras enormes le opacaban el rostro sin afeitado. Cansado, llevaba un montón de sábanas malolientes que entregó al guardia de la puerta. Otro soldado entró con un envoltorio de sábanas limpias. El Centurión saludó al visitante con amabilidad. El anciano le respondió demostrando mucho afecto, pero no se atrevió a entrar. Hubiera quedado impuro.

El romano y el judío se miraron mutuamente. Gruesas lágrimas velaron los ojos de los dos hombres. David se coló entre ellos y entró en la habitación. Estaba oscuro. El hedor le cortó la respiración. Escuchó un sollozo lastimero. Mario se había escondido bajo una sábana. David la apartó de un manotazo. Entonces gritó de pavor. Mario, avergonzado, se giró hacia la pared. No dejaba de apretarse furiosamente el vientre entre

las piernas inmóviles. Parecía un demonio recién vomitado desde la garganta del infierno. David salió corriendo. Desolado, se lanzó en los brazos de su hermano mayor, quien, en voz baja, le advirtió que, después de eso, tendría que purificarse ritualmente. Los notables no pudieron disimular cierta compasión.

El anciano pidió permiso a Lucio para recitar un salmo. El Centurión accedió agradecido. Los judíos se miraron de reojo.

El Rabino se prosternó en tierra y musitó:

Yahvé, escucha mi oración,
llegue hasta ti mi grito,
no ocultes lejos de mí tu rostro
el día de mi angustia;
tiende hacia mí tu oído,
¡el día que te invoco, respóndeme!

Pues mis días en humo se disipan,
mis huesos arden lo mismo que un brasero;
trillado como el heno, mi corazón se seca,
y me olvido de comer mi pan;
ante la voz de mis sollozos,
mi piel a mis huesos se ha pegado.

El pan que como es la ceniza,
mi bebida mezclo con lágrimas,
ante tu ira y tu cólera,
pues tú me alzaste y después me has humillado,

mis días son como la sombra que declina,
y yo me seco como el heno.

Señor, Dios de Israel...

No pudo terminar. La emoción le embozó la garganta. Lucio le levantó y le abrazó. Los dos hombres se fundieron en un gesto fraternal. David y sus hermanos tampoco pudieron contenerse ante la aflicción de su padre. Los pocos soldados presentes estaban deconsolados. Lloraban. Mario se moría.

13. - LA ESPERANZA

La agonía de Mario se prolongaba arrastrando consigo a la guarnición y a buena parte de la gente de Cafarnaum. Había quien afirmaba que, tras la desaparición del criado, el amo acabaría con su vida. Tan abatido le veían. Sus amigos le acompañaban día y noche. Se turnaban para facilitarle momentos de descanso. Entre los judíos, hubo quien aseguró que se trataba de un castigo del cielo provocado por tanta depravación.

Una mañana, mientras Lucio preparaba brevajes, se presentó de nuevo el Rabino. Lentamente y con voz mesurada le dijo:

—Me he enterado que pasará por aquí el Rabí Jesús. Es de Nazaret pero ha vivido entre nosotros. Parece ser que Dios le ha dado la facultad de sanar. Dicen que ha realizado curaciones extraordinarias.

Lucio había oído hablar de él. No había prestado demasiada atención. Pensaba que era uno de esos curanderos con pretensiones mesiánicas como otros tantos que había en el país. Y las maravillosas curaciones, habría que verlas. Tal vez no fuesen sino casos de charlatanería que conocía bien y que se daban tanto en Roma como en el resto del Imperio. En todos los templos abundaban los falsos curanderos. ¿Quién podía asegurar que el tal Jesús no era uno de ellos? El Centurión sonrió agradecido, pero consideró que no había nada que hacer.

Dijo al Rabino:

—Mario va a morir y lo mejor es asumirlo con dignidad. Cuando todo haya acabado volveré a Roma y, después, no sé...

—¿Así que lo das todo por perdido? - preguntó el anciano con ironía.

La pregunta sonaba a reproche. El romano le miró con dureza y el Rabino prosiguió:

—Jesús es un Rabino ciertamente original. Parece poco respetuoso con la Ley de Moisés. Dicen que suele saltarse el sagrado precepto de guardar el Sábado. Le acusan de ser amigo de gente de mal vivir, de mujeres y de samaritanos. Le gusta comer y beber bien, cosa que no casa mucho con la austeridad que se espera de quien pretende ponerse a la altura de los profetas. Su doctrina no es de mucho fiar y no cabe duda de que es un provocador, pero parece que sus facultades curativas son de verdad. Yo no te iba a engañar con una cosa así, y menos ahora... Por otro lado, algunas opiniones tuyas se parecen mucho a las del maestro Gamaliel quien, como sabes, suele predicar la tolerancia, a veces demasiada... Además tiene buenos amigos y hasta discípulos en Cafarnaum. Claro que carecen de formación: son pescadores y gente por el estilo. Incluso, ha predicado en nuestra Sinagoga, aunque sin mucha fortuna...

Lucio sintió como, en el fondo de su cerebro, se abría paso un hilillo de esperanza. Amaba con toda su alma a Mario y se aferraría a cualquier cosa para recuperarlo. Bien había enviado emisarios al templo de Astarté y había mandado hacer ofrendas, a escondidas, al Templo de Isis en Alejandría. ¿Por qué no iría a suplicar a un rabí galileo la curación de

Mario? ¿Qué más podía perder si estaba perdiendo lo que más quería? Además, había posibilitado la construcción de la Sinagoga, y eso le había otorgado, con justicia, autoridad moral y dignidad entre los judíos. Por más extranjero que fuese, no era, ni podía ser considerado sin más, un opresor. El hilillo se hizo crecida. Sí. El mismo iría a rogarle a ese Maestro que viniese a curar a Mario. Una oleada de ilusión puso en movimiento toda su energía.

Pero el desánimo no tardó en asomar: ¿Qué le diría al Rabino Jesús? ¿Que era un soldado pagano y que su criado, o mejor: su amante, estaba a punto de morir? ¿Ocultaría la naturaleza del vínculo que le unía con aquel muchacho joven y otrora hermoso? Lucio sabía muy bien que ningún judío, por heterodoxo que fuese, aceptaría el curarle. Sabía que, por la índole de su amistad, no tenía derecho a presentarse ante Jesús. Y, sin embargo, deseaba con toda su alma volver a tener a Mario. Le amaba tanto, tanto... ¿Y si el Rabí le ponía condiciones? ¿Y si le pedía que, una vez sanado, le abandonase? No podría cumplirlo. No soportaría vivir sin él. A pesar de todo, tenía que arriesgarse. La vida de Mario estaba en juego. Se debatía en un zarzal de dudas.

Aquel extraño Rabí era, no obstante, su última tabla de salvación y, en cualquier caso, no lo iba a dejar escapar. Se lo jugaría todo a una carta. La única que tenía. Le pareció evidente que no podía correr el más que probable riesgo de una negativa por parte de Jesús. Tenía que actuar con exquisita prudencia. Desistió entonces de ir personalmente a pedirle la curación de Mario. Tal vez le haría preguntas que no se atrevería a contestar. Tampoco osaría mentirle. A su dolor tendría, entonces, que añadir la vergüenza del rechazo.

El Rabino esperaba allí, de pie. Apenas podía intuir lo que pasaba por la mente de aquel romano, aunque lo sospechaba. Finalmente Lucio le cogió las manos y le suplicó:

—Rabino, hazlo por mí: ve tú a buscarlo e intercede por Mario. Ruégale que venga. Pídele, por favor... dile que el muchacho está sin poder moverse y con unos dolores terribles. Dile lo que quieras, pero arráncale la curación...

El anciano le apretó las manos con afecto y sonrió. Lucio le miró con agradecimiento infinito y lo vio partir. Después regresó a la habitación donde Mario agonizaba. Se acostó junto a él y, llorando, le acarició lentamente la cabeza.

14. - LA EMBAJADA

Esa noche el Rabino convocó a los ancianos en la Sinagoga y les explicó la situación. Rabí Jesús Nazareno se acercaba a las puertas de la ciudad. Había que decidir rápidamente qué hacer y cómo hacerlo.

Un anciano objetó que el Centurión era una autoridad de la potencia invasora romana. Apoyarlo les podía granjear, por parte de los radicales, la acusación de traición. Era una acusación grave en tiempos de disturbios. El Rabino respondió que recordasen cómo el romano había agilizado los trámites para la construcción de la Sinagoga que les cobijaba. Podían argumentar con verdad que aquel romano era, en realidad, un amigo digno del pueblo de Abraham. Por otro lado, en todo el tiempo que llevaba entre ellos, nunca había maltratado a nadie y se mantenía respetuoso con las leyes y normas de Israel. Incluso había terminado con ciertas corruptelas de los soldados que vigilaban la recaudación de impuestos.

Otro anciano, sin embargo, puso el dedo en la llaga, es decir, donde más dolía al Rabino; afirmó que sus palabras no eran del todo exactas y concluyó con lo que todos sabían: que el Centurión Lucio y su criado Mario eran amantes. Los ancianos y el mismo Rabino bajaron la mirada. La cosa parecía perdida.

Entonces, el más anciano tomó la palabra y dijo:

—Es verdad que son amantes y que su pecado clama al cielo. Es verdad que merecen el mismo castigo que la pérfida Sodoma y que la depravada Gomorra. Es verdad que si hubieran pertenecido a nuestro pueblo serían una vergüenza y estarían ya lapidados. Pero no son hijos de Abraham. Además han llevado sus nefandas relaciones prácticamente en secreto. Nunca han dado escándalo público ni han seducido a ningún joven de Cafarnaum. Nosotros, al interceder por el Centurión, no justificamos su conducta, nos limitamos a presentar el caso ante el Rabino Jesús. Es él y sólo él quien tendrá que decidir. Si alguien se juega algo, es él. Nosotros solamente cumplimos con la obligación que el agradecimiento nos impone, según la Ley. Y nada más.

Los adversarios de Jesús vieron en esa posición una sutil trampa para el Rabí de Nazareth. Callaron y concedieron.

El Rabino, sin darse cuenta del peligro, respiró tranquilizado. La vía hacia el Rabí Jesús le parecía abierta. Aún discutieron los modos y los matices del encuentro, pero la decisión estaba tomada. A la mañana siguiente Jesús llegaría a la ciudad y ellos le esperarían a la puerta.

15. - EL RABI DE NAZARETH

Entrado el día, Rabí Jesús, seguido de sus discípulos, cruzaba las puertas de Cafarnaum. El Rabino y los ancianos le esperaban. Se saludaron con cordialidad. El Rabino se adelantó y, suplicante, dijo a Jesús:

—Rabí, el Centurión romano de la guarnición de Cafarnaum tiene a su criado muy enfermo y a punto de morir. Hemos oído que Dios te ha dado el poder de curar. ¿Podrías devolverle la salud al muchacho? El Centurión ha sido bueno con nosotros, merece que se lo concedas porque ama a nuestro pueblo. El mismo nos ha edificado la Sinagoga.

Jesús le miró y pareció quedarse agradablemente sorprendido de que un rabino judío intercediera por un oficial romano. Respondió:

— Voy a curarle.

La respuesta dejó estupefactos a los ancianos y al mismo Rabino que basculaba entre la alegría y el desconcierto. No esperaban una disposición tan fácil. Esperaban más bien que, por prudencia, Jesús haría una serie de preguntas que le asegurara la dignidad del Centurión. ¿Cómo es posible que Jesús, que andaba con fama de profeta y debía, por tanto, conocer bien las costumbres licenciosas de los oficiales romanos, ni siquiera preguntase por el tipo de relación entre el joven y el Centurión? ¿Cómo se atrevía a decir simplemente "voy a curarle" sabiendo que con

esa resolución podía estar justificando un pecado tan rotundamente tipificado, y condenado con la pena capital, por la Ley que Dios había dado a Moisés? ¿Hasta dónde llegaba la osadía, la temeridad y la capacidad de provocación de ese impostor? ¿Es que se creía más grande que Moisés? Se trataba, a todas luces, de una actitud intolerable. El Rabino decidió no opinar y guardó silencio. Los enemigos de Jesús sonreían. ¡Había mordido el anzuelo! Todos se dirigieron hacia la guarnición romana. Los discípulos de Jesús no ocultaban un cierto nerviosismo ante la mirada altiva de los ancianos.

En su casa, Lucio estaba muy inquieto. Le acompañaban amigos de confianza. Salió a la puerta y vio venir, entre el polvo, al fondo de la calle, una turba de galileos con el que debía ser Rabí Jesús al frente. De pronto, en un instante de tiniebla o lucidez, decidió que no era digno de recibirle. Mario y él eran amantes, y eso no había forma de ocultarlo. Su amor por Mario no le daba derecho a poner a Jesús entre espada y pared. Conocía el mundo judío, sus odios y sus reencillas. Por eso, tan rápido como pudo, rogó a sus amigos que se apresurasen a detener la comitiva. Tenían que decirle al Rabí Jesús que no se tomara más molestias, que el Centurión Lucio Fabio no era digno de recibirlo bajo su techo. Jesús sabría el por qué y comprendería. Tenían que decirle que no se trataba de un acto de desprecio a su persona. Que el Centurión Lucio Fabio creía que podía curar: bastaría con que dijera una sola palabra y su criado quedaría sano. Que también él, como militar, sabía lo que significa tener autoridad porque la ejercía con sus soldados. Y sabía que la autoridad podía ejercerse a distancia, con la sola palabra. Si le decía a un soldado que hiciera una cosa la hacía, y se le enviaba a algún sitio, iba. Así también, si Rabí Jesús quería, con pronunciar una sola palabra, le devolvería la salud a

Mario... Pero no era su intención comprometerle. Si Rabí Jesús se negaba, él lo entendería y no le guardaría rencor alguno.

La comitiva se aproximaba. Lucio hubiese querido decir más cosas, pero no había tiempo. Sereno, entró en su casa para volver a abrazar a Mario. Cerró la puerta y esperó. Sus amigos corrieron al encuentro del Rabí de Nazareth y repitieron las palabras del Centurión. Jesús detuvo la comitiva. Durante unos instantes guardó silencio.

El Rabino sintió que la sangre le subía a las mejillas: ¡Estaba haciendo el ridículo! ¡El Centurión se lo podía haber pensado antes! ¡Su autoridad: en entredicho delante de todos!

Los ancianos más reticentes comentaron burlonamente que parecía mentira que un pagano tuviera más prudencia que el Maestro de Nazareth y más sentido de la Ley que el Rabino de Cafarnaum. El resto de la comitiva permaneció espectante.

El mismo Jesús parecía atrapado entre la negativa del Centurión y la presión de los judíos. De pronto se volvió hacia ellos y, con autoridad, dijo a los que le seguían:

—Os digo que en Israel no he encontrado a nadie con una fe tan grande. Será como ha creído.

El rostro de Jesús irradiaba una alegría imposible de describir. Entonces regresó por donde había venido. Algo más susurró a sus discípulos. Algo terrible al juzgar por cómo le miraban.

Los ancianos, por su parte, airearon su indignación ante aquella intolerable arrogancia, y calibraron las lamentables consecuencias morales

que lo acontecido tendría para el pueblo. Uno de los presentes, impresionado por la vehemencia de las críticas, se atrevió a decirles:

— ¿Y si el Centurión y su criado no fueran amantes?

Un anciano le respondió iracundo:

— Tanto si lo son como si no, es lo de menos. Ya no importa. ¡Lo grave ha sido que Jesús ni siquiera se preocupó por averiguarlo! No nos interesa la vida sexual del Centurión, sino la irresponsabilidad del Rabí de Nazareth. ¡El es hijo de Abraham, por eso no tiene perdón! Nuestro futuro queda hipotecado con imprudencias como la que acabamos de presenciar.

16. - SALUD

Lucio, mientras tanto, ignorante de lo que pasaba fuera, intentaba conformarse acunando en sus brazos a un Mario que se llevaba su vida. De pronto lo sintió removerse contra su pecho a la manera de un niño en el vientre de su madre. Pateaba, latía, se agitaba. Lucio bajó la cabeza y se encontró con los ojos claros del muchacho. Aquellos bellos ojos glaucos, turbios minutos antes, parecían ahora ópalos recién pulidos. Habían perdido su morbilidad y se mecían en una sonrisa fresca que le iluminaba el rostro. La fiebre había desaparecido y su frente dejó de sudar. El Centurión se estremeció. Sentía el resurgir de la vida entre sus manos cansadas de apretar. No comprendía, no sabía qué estaba sucediendo en el cuenco de sus brazos.

Oyó golpes y gritos en la puerta. El Rabino, sin llamar y sin cuidarse de las formas, había irrumpido furioso en el patio de la casa. No le importó perder la pureza ritual. Invadió la residencia de ese cínico invasor pagano, pecador y enfermo. Venía de perder el crédito ante los ancianos del pueblo. Le gritó al oficial romano que acababa de dejarlo en ridículo. Que había conseguido justo lo contrario de lo que pretendía: ahora el Rabí Jesús sería más odiado por los judíos, y él mismo, el Rabino de Cafarnaum, había caído en la sospecha de traición al Dios de Israel. Le echó en cara que toda esa escena de enviar emisarios con el fin de detener a Jesús no había sido sino una ocasión que el Rabí de Nazareth aprovechó

para insultar a los ancianos y a todo el pueblo. ¡Ahora resultaba que un... degenerado tendría mas fe que todos los hijos de Abraham! Le vino a decir que en cuestión de minutos había destruído la Sinagoga que con tanto tesón había hecho construir. Le dió a entender que su presencia ya no era grata y que, tras la inminente muerte de su criado, podía largarse.

Mientras desataba su ira, no se daba cuenta de que Lucio lo veía sin mirarlo. Mario, atónito, no comprendía de dónde tanta cólera. Calló el Rabino. El ritmo de su respiración agitaba la habitación entera. Había espuma en la comisura de sus labios. Entonces los ojos de Mario iluminaron los viejos ojos del judío, y éste se dió cuenta de que la piel del muchacho estaba tersa y las manchas de sus mejillas habían perdido el color repugnante de la sangre podrida. Lucio le abrazaba. El Rabino se sumergió en una estupefacción irrebasable y abandonó el lugar. No volvió más. Los amigos de Lucio también quedaron desconcertados.

Un extraño silencio custodió la casa durante días. La recuperación de Mario fue muy de prisa. Los soldados le observaban y le temían como a un elegido de los dioses. La población, antes amable, procuraba evitarle en lo posible. Le espiaban con disimulo. Estaban azorados por lo que había pasado y temían la reacción de los ancianos.

Lucio, en mucho tiempo, no pudo salir de su asombro. Sólo más tarde se enteró del elogio que de él había hecho el Rabí de Nazareth. No lo comprendió. Se enteró también de que algunos ancianos habían hablado de la posibilidad de eliminar a Mario. Les recordaba demasiado su humillación, y su sola presencia avalaba los poderes curativos del Rabí que odiaban como se odian los hermanos en religión: a muerte. Comprendió que el Rabino, en su ira, tenía razón: si era verdad que él, Lucio, había

recuperado a su amante, también era verdad que ese reencuentro implicaba un mayor riesgo para el mismo Jesús. Era paradójico: ¡él, feliz ahora, se había transformado en una amenaza mortal para el que le había devuelto la felicidad!

Hubiera querido arreglar las cosas: planeó hablar con los ancianos y con el Rabino, convocarlos en la Sinagoga, explicarse. Pero, conociéndolos... todo sería inútil. Hubiera querido también buscar a Jesús, pero pensó que ya bastante le había perjudicado. Hacerlo le comprometería aún más. Le envió, en secreto, una carta de agradecimiento, pero nunca recibió respuesta. Por prudencia no debía insistir.

De noche, las preguntas le rondaban: ¿Y si todo hubiera sido un puro azar? ¿Y si el ciclo de la enfermedad del muchacho había concluido naturalmente en el momento preciso en que Rabí Jesús se aproximaba a su casa? ¿Y si se tratara efectivamente de un prodigio celeste? ¿Y si fuera signo de otra cosa, como un oráculo? No podía decantarse hacia una respuesta definitiva. Sólo sabía que había estado a punto de perder para siempre al amigo que ahora dormía, pacífico, entre sus brazos. Eso le serenaba.

El Centurión decidió abandonar la ciudad lo más pronto posible. Peligraba la vida de Mario... y la de Jesús. Empezaría a gestionar su traslado a otra región del Imperio. Movería todas sus influencias. Los trámites serían lentos. Se armó de paciencia.

Como pudo fue explicando a Mario lo sucedido. De los labios del muchacho surgían las mismas preguntas que a él le agitaban el alma. Todo intento de respuesta se ahogaba en un interrogante mayor que, sin

embargo, no les arrebató la alegría de estar nuevamente juntos. En pocos días Mario estuvo en forma para regalar a su Señor con sus magníficos masajes. Hacía tiempo que Lucio los necesitaba. Ahora sentían vivir bajo la bendición del Rabí de Nazareth. El debía saber quiénes y cómo eran.

Aún tendrían que pasar todo el invierno. Había que hacerlo con discreción. Lucio volvió a ocuparse de las Aduanas y de la organización castrense. Dejó de asistir a la Sinagoga y de visitar al Rabino. Mario reemprendió su trabajo cotidiano. Compraba, cocinaba, copiaba manuscritos, ayudaba a redactar informes, preparaba jabones y perfumes, repasaba poesía y prosa, estudiaba arpa y hacía recados.

Lucio, con todo, temía por Mario. Le asignó una escolta especial. No podía correr el riesgo de que algún fanático acabara con su vida. Multiplicó cautelas y precauciones. Mario tenía expresamente prohibido el trato con galileos. Su contacto con el exterior debía pasar por la mediación de los soldados o por los amigos de confianza del Centurión. De vez en cuando algún curioso, venido de Samaría o de Judea, preguntaba por el criado que había curado Jesús de Nazareth. Mario se escondía y Lucio, con excusas, esquivaba al fisgador. Podría ser un asesino.

Mario y David se cruzaban, a veces, por las callejuelas o en el mercado. Se miraban con recelo. Cada uno en su soledad, pensaba que era una pena haber terminado. No osaban hablarse. Desconfiaban.

David, como no podía ser menos, seguía creyendo en el Dios de sus padres, pero la salud de Mario era una enfermedad para su fe. Se precipitó en una duda constante e invencible.

Mario, por su parte, no podía creer en el Dios de David, pero no entendía cómo un galileo le había devuelto la salud sin haber condenado su manera de amar. También él sentía que las dudas le removían los cimientos del corazón.

17. - LA PARTIDA

Por fin llegó la orden de traslado. La primavera acababa de estrenarse. El nuevo oficial destinado a Cafarnaum explicó al Centurión Lucio Fabio que antes de regresar a Roma debía pasar por Jerusalem para recoger unos informes de importancia que necesitaban en la capital del Imperio. Eso representaba un contratiempo: estaba cerca la fiesta de la Pascua judía y Jerusalem debía estar atestada de peregrinos. No había más remedio que obedecer.

Lucio ordenó a Mario reunir todas sus pertenencias. En dos días iniciarían el camino hacia Jerusalem. Mario empaquetó las pieles que tanto les habían abrigado, los ungüentos tan cuidadosamente preparados, las armas tan eficazmente pulidas. Dobló y acomodó en baúles las túnicas y la capa militar que mil veces había recosido. Guardó el arpa y los pocos manuscritos que aún conservaba de Silvio. Desenterró aquellos otros manuscritos, los más comprometedores, que el terror le había hecho ocultar. Estaban podridos. Los abandonó en la tierra. Decidió dejarlos allí, como una semilla de hermosura.

A medida que Mario iba desmontando el escenario de ese fragmento de su vida, recordaba detalles que creía olvidados: una caricia dibujada que no llegó nunca a su destino; los primeros dolores de su enfermedad; los ojos cerrados de Lucio dormido; el sol atrapado por

alguna rendija descuidada en la ventana que daba al mar; el tapón perdido de un frasco de perfume; la escarcha en invierno; el sabor de las aceitunas; el tililar de estrellas; la cadencia de la lengua galilea; el agua fresca del pozo; la tibieza del pecho amado; sus latidos; la sombra fresca del patio; los restos del placer en las sábanas. Quería preservarlo todo en la mirada, en la piel, en los oídos, en el paladar...

Llegó el día de la partida. Solamente la guardia militar y algunos amigos, cobradores de impuestos, se reunieron para desearles el buen viaje. Mario se encomendó devotamente al dios Mercurio, protector de viandantes. Unos pescadores les vieron y les despidieron con las manos. La comitiva era pequeña: seis soldados bien armados, el Centurión y su criado. A poca distancia Mario se giró para ver por última vez aquel lugar en el que le habían pasado cosas tan extraordinarias.

Lucio tenía prisa por marchar. Cafarnaum había sido un fracaso para su carrera militar. En esa ciudad abandonaba un misterio que tal vez nunca podría explicar. Se alegraba por irse, pero era consciente de que algo muy suyo se quedaba allí. Era un sentimiento tan oscuro como persistente. Lucio no se giró para ver la ciudad por última vez.

El viaje duró menos de una semana. Jerusalem estaba a reventar de peregrinos. La comitiva se dirigió primero a la guarnición pretoriana donde seguramente les habían conseguido hospedaje. Así fue. Extramuros, en casa de unos parientes del gobernador, se quedarían el Centurión y su criado. Los soldados lo harían en el cuartel de la guardia de palacio. Lucio recibiría los informes para Roma una vez pasada la Pascua. Durante la fiesta era necesaria la disponibilidad de todos los oficiales en

activo. La tensión podía palpase en el aire. Lucio no tenía ya autoridad alguna. Fue severamente advertido.

Jerusalem desencantó a Mario. Había oído cantar la magnificencia de la Ciudad del Gran Rey, la Ciudad de la Paz, perfecta, armónica en su trazado y en su construcción. Pero Mario no veía más que abigarramiento, mal gusto y suciedad por todas partes. El menor de los dioses de Roma poseía un espacio más cuidado y curioso que aquella pretenciosa mole que, pomposamente, llamaban templo de Jerusalem. Se sorprendió de que algunos lo admirasen. Ya lo sospechaba: la interdicción de las imágenes había atrofiado el gusto de aquellos bárbaros.

De camino a las afueras, el Centurión pidió a un oficial que le explicara lo que pasaba en la ciudad.

—Estamos en un momento de especial dificultad - dijo el oficial - la semana pasada cayó en nuestras manos un bandido asesino y es posible que se le condene a muerte estos días. También hay unos cuantos ladrones, unos desgraciados, que fueron ya condenados y seguramente se aprovechará el momento para ejecutarlos. Y, por si fuera poco, se rumorea que hay un pleito entre judíos que quieren quitarse de encima a un rabino galileo, un curandero que se ha ganado a una parte de la gente con demagogia y algo de magia. Los sacerdotes judíos dicen que, según su ley, por blasfemo, merece la pena de muerte. Algo tendremos que hacer para bajar la tensión en Jerusalem. Además, a la mujer del gobernador le ha dado por tener sueños premonitorios y anda, como una loca, por todas partes profetizando desgracias. Tú no te preocupes. Descansa y deja que pase todo el embrollo. En tres días tendrás tus informes y podrás partir para Roma con el muchacho que, por cierto, no está nada mal...

Lucio, que había escuchado atentamente, sólo le hizo una pregunta:

—¿Quién es ese rabino?

— Un galileo, un tal Josué, o algo así... - respondió el oficial.

Lucio y Mario se miraron a los ojos, callaron y se dejaron conducir a la casa donde se hospedarían.

18. - REENCUENTRO

Los amos de la casa estarían ausentes toda la semana. No querían presenciar los disturbios que se preveían para esos días. Una esclava anciana atendió al Centurión y a su criado. Los instaló y les preparó un almuerzo a base de pan, vino, queso y carne. Les aconsejó no moverse de la casa pues en la ciudad habría violencia. La mujer llevaba muchos años en Judea al servicio de varias familias de notables romanos. Acudía personalmente al mercado y conocía bien las costumbres de Jerusalem.

Lucio le preguntó si había oído hablar del Rabí Jesús.

—¡Quién en Jerusalem no ha oído hablar de él! -respondió la anciana - en menos de una semana ha montado dos espectáculos en la ciudad. Primero entró montado en una burra y muchos le recibieron como si fuera el mesías. Palmas y gritos; excesos de pueblo, ya se sabe. La cosa terminó mal: sus autoridades acabaron enfrentándose con la gente. Se insultaron y se enzarzaron en una de aquellas discusiones sin fin, tan propia de judíos. Por si no fuera bastante, hace unos días se le ocurrió meterse con los vendedores del Templo. Debería saber que en los lugares de culto hay muchos intereses. Bueno, pues les tiró las mesas y las mercancías. Había palomas y monedas volando por todas partes. ¡Un escándalo! La cosa es que el pobre hombre tuvo que esconderse. Los judíos se la tienen jurada y han dicho que lo van a encontrar. Que de ésta

no se escapa. Y como están anunciadas ejecuciones para pasado mañana, es posible que las aprovechen para incluir en ellas al revoltoso curandero. Es más, parece ser que ya le tienen localizado y que esta noche van a por él. Lo he oído en el mercado. Buscaban gente dispuesta a todo, ya sabe, cobrando, claro.

Cuando la anciana se retiró Mario le susurró a Lucio:

—Tienes que hacer algo. Quiero verle. Quiero preguntarle...

Era obsesivo: ¿Por qué le había curado? ¿Conocía el carácter de su amistad? ¿La aprobaba? ¿O no? ¿Por qué callaba?... También querían mostrarle su gratitud. Eso les impulsaba a no abandonarlo. Pero el deber militar y el estoicismo injertado en su alma desde la infancia impedían a Lucio seguir los impulsos de su curiosidad. Explicó a Mario que en Jerusalem no tenía autoridad, que solamente venía a recoger unos informes y que seguramente no podría hacer nada por el galileo. De todas formas el agradecimiento le obligaba a mover sus influencias para advertir a Jesús del peligro que corría. Haría lo que pudiese. Hablaban en voz baja. La astuta escalva podría descubrirlos.

Terminado el almuerzo Lucio manifestó a Mario su decisión de ir a ver al jefe de la guardia para enterarse con más exactitud de la situación y de lo que se podría hacer. Mario se dispuso a acompañarle. El Centurión se negó en redondo. Era peligroso internarse en la ciudad. Mario insistió. Discutieron. El muchacho se negó a obedecer y se encaró a su amo. Lucio montó en cólera. Le dió un puñetazo que le dejó sin sentido. El golpe le dolió más a él, pero no estaba dispuesto a arriesgar de nuevo la vida de su criado. Le despojó de su ropa y la guardó en el gran baúl del que sólo él tenía llave. Después cerró la puerta del cubículo por fuera. Dió estrictas

órdenes a la esclava de no dejar salir al muchacho por más que gritase y amenazase. Mario recuperado, desde dentro, lo insultaba en todos los idiomas que sabía. La anciana no entendía a qué venía tanto lío y tanto aparato, pero acató las órdenes del Centurión.

Lucio montó su caballo y, confiado en su prestigio, se dirigió a entrevistarse con el responsable de la guardia del gobernador.

Fue mal recibido. Esperó horas. El oficial que le atendió tenía demasiado trabajo y no podía, ni quería, atender al militar que le importunaba con preguntas sobre rabinos galileos. Por más Centurión que fuese, carecía de toda autoridad en ese momento, así que le invitó a marcharse en paz. Ante la insistencia de Lucio, le hizo pasar al despacho del alto funcionario que le debía dar los informes para Roma. El funcionario, frío y adusto, le pidió las señas de identificación. Lucio presentó sus documentos. El funcionario llamó a un esclavo y le susurró algo al oído. El esclavo desapareció tras una cortina. A los pocos minutos volvió con un legajo de documentos. El funcionario los examinó lentamente y cuando hubo acabado, sin levantar la cabeza, le dijo a Lucio:

—¿Eres tú el Centurión Lucio Fabio, miembro de la ilustre familia de los Fabios de Roma?

Lucio asintió confortado. Entreveía una puerta abierta a sus pretensiones. El funcionario prosiguió:

—¿...al que el Rabí Jesús curó un esclavo?

La segunda parte de la pregunta dejó helado a Lucio. Comprendió que lo sabían todo. Sin perder la compostura respondió simplemente:

—Sí.

El funcionario cambió el tono de la voz y le miró directamente. Ahora sabía que estaba hablando con el miembro de una honorable familia romana. Era más que un mero subordinado del ejército imperial. Se trataba de un hombre de confianza, culto y fiel. Le dijo:

—Tienes que marcharte inmediatamente. Tu sola presencia y la de ese muchacho es ya un riesgo mortal. En primer lugar lo es para ti, pues alguien de los nuestros podría acusarte de tener motivos justificados para conspirar, junto con los judíos, contra el César. En segundo lugar lo es para tu criado: él es el cuerpo del delito. Intentarían eliminarlo para evitar reconocer que un romano ha recibido el, digamos, milagroso favor de un judío. Eso por parte nuestra... Por parte de los judíos, sería peor. Intentarían envolverte en su causa contra Roma. A ti por lo de la Sinagoga y a tu criado por la curación. Si los zelotas os descubren, será el chantaje: o jugáis a sus cartas o bien os matan. La cosa se complica aún más si tenemos en cuenta a los discípulos del Rabí Jesús, quien, parece ser, se ha hecho llamar Rey de los Judíos. Ellos podrían intentar manipularos para defenderlo frente a romanos y judíos al mismo tiempo. Tienes que irte rápido y de incógnito. Ni en Roma hables de lo sucedido en Cafarnaum. Deja aquí los soldados que trajiste de Galilea. Yo me encargo de ellos. Debes abandonar Jerusalem a más tardar mañana al amanecer. Tómalo como una orden. Si no la cumples, no me hago responsable de lo que pueda pasar. Yo no quiero verme implicado en tu defensa si llegas a verte enredado en una cuestión que pusiera en entredicho la autoridad romana. Negaría, si fuese preciso, el contenido de esta conversación.

El funcionario entregó a Lucio un cofre, cerrado y lacrado, con los documentos que había venido a buscar. Le explicó algo más de lo que ya sabía sobre las ejecuciones de bandidos que se preparaban para esos días y

se excusó por no poder darle más informaciones pues la situación, como podía ver, era demasiado tensa y confusa. Le dió indicaciones sobre el mejor camino hacia el puerto de Yafé y le despidió con afecto.

Mientras tanto, repuesto, Mario hizo saltar la rejilla de la única ventana del cubículo. Se descolgó por la abertura con ayuda de una sábana y logró escapar. Se ciñó la sábana al estilo de las Termas y salió corriendo hacia Jerusalem.

Cuando el Centurión, cabizbajo y cansado, llegó a la casa se dirigió a su habitación para pedir perdón a Mario y darle explicaciones. Estaba vacía. Miró la ventana rota y montó en cólera. Era demasiado. Lo maldijo y se maldijo. Sentía una mezcla de ira y comprensión. Salió a encontrar consuelo en el silencio que otorga el crepúsculo. La ira, poco a poco, se le fue transformando en preocupación.

—¿Dónde estaría el necio de Mario?

Tuvo el impulso de ir a buscarlo, pero sabía que sería inútil. Con tanta gente iba a ser difícil hallarlo. Además, mostrarse juntos en Jerusalem, con la cantidad de galileos que había, era más que una temeridad. Lo mejor era esperarle.

¿Y si no volvía...? ¿Para qué pensar?

Se hacía de noche y calaba el frío. Lucio preparó una lámpara y una pequeña fogata, se envolvió con la capa y se quedó a la puerta de la casa. La luna lacaba de plata las murallas de la ciudad.

19. - GETSEMANI

Mario, mientras tanto y tras perderse en un enredo de callejuelas, fue a dar al atrio del Templo. Se fundió en una muchedumbre de judíos venidos de todo el territorio, junto con galileos, sirio -fenicios, sacerdotes, levitas, escribas, fariseos, romanos, griegos, cambistas, mercaderes, y gente de no sabía dónde. Preguntó por el Rabí de Nazareth. Estuvo a punto de que un soldado le rompiese la cara. Una mujer le recomendó no hacer preguntas. Agotado, se sentó a descansar en la plaza porticada. Era inútil. Se había hecho de noche y la sábana ya no le protegía del frío que se le adhería a las piernas y a la espalda. Optó por volver a la casa. La claridad de la luna allanaba el camino.

No mucho después de atravesar las murallas vió que, cerca, hacia una colina se dirigía un grupo de gente con antorchas. El reflejo del fuego en los escudos llamó su atención. ¡Eran mercenarios! Curioso, decidió seguirlos a distancia. Se internaron en un olivar. El grupo parecía saber bien a dónde iba. Allí, escondido entre arbustos, Mario fue testigo de una escena extraña: en un claro se encontraron con otro grupo, menor, también armado. De éste se adelantó un personaje de túnica amplia. Del grupo más numeroso también se adelantó un hombre. Era un judío de poblada barba. Cruzó unas palabras con el primero y lo besó. Mario distinguía sólo sombras y no podía oír lo que decían. Sigilosamente se fue aproximando. De pronto, estalló una violenta escaramuza. Hubo gritos,

choque de espadas y le pareció ver algún herido. Se asustó e intentó escabullirse, pero uno de los mercenarios logró agarrarlo. Mario se liberó como pudo dejándole la sábana entre las manos. Desnudo y aterrado, el muchacho escapó corriendo.

No se detuvo hasta llegar a la casa donde Lucio, preocupado, le esperaba. Mario estaba asustado, fatigado, sudoroso y con los pies deshechos. El Centurión le hubiera reñido pero se limitó a cubrirlo cariñosamente con su capa. No quería volver a repetir la discusión del medio día. Se sentía demasiado abatido y deseaba un poco de aquella paz que solamente su criado era capaz de proporcionarle. Entraron en la habitación.

Mario dijo jadeante:

—Me parece que era él, debía ser él, me parece que he visto cómo le aprehendían. Como a un ladrón... el rabino de Nazareth.

Lucio no contestó, abrazó a Mario y se tendieron sobre la cama. No dudaron. Estaban seguros que era él. ¿A dónde le llevarían? Conocía bien las rencillas entre autoridades. Si no se ponían de acuerdo sobre quién habría que juzgarle, le tendrían toda la noche dando vueltas de aquí para allá. Y entre vuelta y vuelta, lo irían abandonando a la ordinariez de la soldadesca que, sin duda, se cebaría con él. No quiso estar en su piel.

Lucio sabía que nada podía hacer. Carecía de toda autoridad y tenía orden de salir inmediatamente hacia Roma. Explicó la situación a un Mario que le escuchaba inconforme. Al muchacho le hubiera gustado acompañar al Rabí Jesús. Le debían mucho...todo. Argumentaba que debían quedarse, por lo menos hasta saber más. Lucio sentía lo mismo que Mario pero ¿de qué servía acompañarle soportando la propia

impotencia? Tajantemente impuso su decisión de partir al amanecer. No se quedarían para testificar una agonía inevitable que culminaría en una muerte injusta. Esperarían en Yafé la salida del barco. Mario, contrariado, recompuso el breve equipaje. Despertó a la vieja y le ordenó que tuviese todo a punto para antes de la salida del sol.

La suerte del que les había unido les mantuvo en vigilia el resto de la noche. Cuando Lucio apagó la lámpara, Mario, desde la oscuridad, insistió de nuevo.

—Tal vez el Rabí sería indultado. Tal vez podrían...

Lucio le repitió que no había nada que hacer. Nada. Le volvió a explicar, uno a uno, los argumentos ya sabidos. Mario se recostó sobre su pecho. Se avergonzó de ser romano. Lucio también, y sólo los dioses supieron el dolor que sentían. Después de un largo silencio dijo el militar:

—¿Crees acaso que le podremos olvidar?. Ignoramos lo que, con los años, será de nosotros, pero venga lo que venga, pase lo que pase, el que nos ha unido ya no puede desaparecer. Sencillamente porque ha sido. Habitará siempre en la memoria de algún dios. Y no importa si para los dioses no merece ser recordado. Estamos nosotros. Y aún si por morir lo olvidamos, el sólo hecho de haber sido hará que, en algún lugar, en algún tiempo, la vida misma lo rescate. Tal vez sin nuestros nombres, tal vez sin nuestro rostro y sin nuestras palabras. Estará porque ha estado. ¿Comprendes?

Ambos sintieron como una paz inmensa recubría su tristeza. Permanecieron así, entrelazados por un mismo latido y sentir. Apenas el cielo insinuó claridad, se levantaron. La Ciudad del Gran Rey era un amasijo de tinieblas.

20. - EL AMANECER

No asomaba el sol cuando iniciaron la marcha hacia el mar. El cielo flotaba en aquella penumbra tenue que delata la proximidad del alba. Todo respiraba esa atmósfera tan propia del final del sueño y que aguarda los borrosos instantes previos a la vigilia. Era el momento en el que ya no puede pronunciarse la palabra noche, pero todavía no se deja decir la palabra día. Todo era silencio: instante azul en que cada figura anuncia el hueco de su ausencia. Cavidad donde se gestan los esbozos que habrán de aventurarse al riesgo diurno. Aristas que diluirán su dureza al aproximarse a la derrota del crepúsculo. Ansiedad que sospecha la inminencia de un esplendor que desconoce.

Así se definía el alma de Mario cabalgando detrás de su Señor. Así también se configuraba el corazón de Lucio cabalgando delante de su criado. Ambos emergían de una noche cuyos signos parecían indescifrables.

Mario intentó rescatar de su memoria la elegía que aliviase el dolor que les acompañaba. Cerró los ojos para invocar a Apolo, a Mercurio, a Minerva... imposible. Era como si los himnos hubiesen enmudecido, como si se hubiesen quedado estériles, vacíos... como si los dioses, plasmados en mármoles serenos y magníficos se revelasen cristales atravesados por un rayo de muerte hasta entonces intangible. Pensó en

David quien, ese día, desde la tiniebla cósmica, oiría rasgarse el velo del Templo que veneraba.

Para Lucio la cosa no era muy diferente. Roma no sería más el cálido hogar donde la madre atiza el fuego. Patricia no sería la Penélope fiel que tejía y destejía la inacabable mortaja de Laertes. Roma se le auguraba inhóspita. Ni Silvio, cantando las hazañas de su familia, del Imperio, de los dioses, podría recomponerle el alma... Ni el viejo Rabino, con todos sus salmos, podría aportarle la mínima compasión...

A pesar de todo, no tenían la impresión de adentrarse en otra noche baldía, sino, como el paisaje que les acompañaba, sentían penetrar en una claridad ignota. Es verdad que ya no esperaban nada de Roma, como tampoco traían nada de su último destino. Roma y Jerusalem eran sólo siluetas disolviéndose: una en la niebla de sus deseos, la otra en la bruma de sus memorias. Decepciones. Ruinas. Abismos. Nadas...

Cabalgaban sobre el canto de un desfiladero y el tiempo se arremolinaba entre las patas de sus caballos.